

1967

69

LA MENTALIDAD DE BAROJA Y SUS

PERSPECTIVAS SOBRE LOS DIVERSOS

GRUPOS SOCIALES EN

" LA LUCHA POR LA VIDA "

684

Alberto Sanchez de Enciso y Valero

Curso 1966-1967  
del 12 jun. 1967

UNIVERSIDAD DE "LA LAGUNA" — FACULTAD DE LETRAS —

12 DE JUNIO DE 1967

L. S. S. S.

## I N T R O D U C C I O N

=====

Intentaremos probar, contrariamente a lo que por la mayoría de los críticos se ha dicho, que Baroja, lejos de ser un hombre progresivo, inconformista, es, en el fondo, un hombre de orden y un conservador; un conformista.

Ya Nora, en "La Novela Española Contemporánea", pag. 106 se hace la siguiente pregunta y da la siguiente contestación: "cual es la posición política o incluso apolítica de Baroja?. Durante mucho tiempo se ha considerado a Baroja, no solo como un hombre de izquierdas sino de ideas muy avanzadas, anarquistas y revolucionarias. ¿Lo es en realidad? o más aun ¿lo ha sido alguna vez?. Vamos a ver que anarquizante, desde luego, pero según la conocida y paradójica fórmula de "anarquista aristocrático", Revolucionario, en cualquier sentido inteligible, creemos resueltamente que no".

Se ha tendido, sobre todo, a probar su cualidad de hombre abierto sentimentalmente; de hombre; emotivamente, próximo a los humildes. Dice así R. Casino-Asens en la pag. 88-89, tomo 2º, del libro "Baroja en su Mundo": "Baroja ama a la gente humilde y hace dulces sus ojos para mirar a las turbas" y más adelante: "fraterniza con ellas y las lleva a sus obras como son en la realidad, en toda su integridad . . ., sin embadurnarlas, más aun, como hacen los autores burgueses. Los lleva, así, a sus libros como las ha visto; a sus libros que se hacen hospitalarios para recogerlos, echando de si toda retórica para que se acomoden más holgadamente!"

En la misma calidad humana, sensibilizada para todo lo que significa desgracia de los desheredados, vienen a coincidir su sobrino Care y Gonzalez Blance, con la diferencia, respecto al anterior comentarista, de que Cáre, al mismo tiempo, expresa la indiferencia y el desdén de Baroja hacia algunos de los símbolos alusivos

a la confortabilidad de los poseedores; "los proyectos de las personas humildes, los asuntos que podían interesar a una pareja de novios pobres, a una madre viuda, a un cesante, a un chico, eran aquellos que llamaban más la atención de mi tío. El, que pasaba indiferente ante el rascacielos en construcción, que miraba las casas suntuosas con poca simpatía, veía con gusto una habitación modesta, adornada pobremente, pero con cierto gusto y esfuerzo", pag. 56, tomo 1º, de "Baroja y su Mundo". Esta calidad humana, esta solidaridad con los desheredados, Gonzalez Blanco la verá como, incluso, algo capaz de atormentar y martirizar a Baroja; es decir, como una solidaridad que, por estar elevada al máximo, es capaz de llegar a producir un intensísimo dolor en quien la posee, y así, se lee en la pag. 40, tomo 2º, de Baroja en su Mundo: "como Korolenko, lo que sobre todo le asedia, le martiriza y le atormenta es la visión de esa gran parte de la humanidad que a nadie le preocupa y que todos, apriorísticamente, desdeñan; los mendigos que deambulan por las lodosas carreteras; los desilusionados de la vida que, en alguna mañana nebulosa, abandonan el hogar sin rumbo fijo; los bohemios que emprenden cosas extravagantes; los hombres que buscan el pán en trabajos oscuros y repugnantes; todo ese ejercito de combatientes humildes que aportan un gran tesoro a la evolución de la humanidad...".

Los argumentos de los que le consideran como hombre de izquierdas no se basan, solamente, en su afinidad emotiva y sentimental hacia los desheredados; en su solidaridad sentimental con los mismos, y en su desdén hacia los privilegiados, sino en la afirmación, no sometida a análisis, que Baroja hace de la negatividad de las instituciones existentes y de la necesidad de su destrucción. Leemos en Dos Passos, pag. 114, tomo 2º, que: "Baroja dice que el único papel que un hombre de clase media puede representar en la sociedad es destructivo... que su gran misión es poner a prueba de ácido a las instituciones existentes y despojarlas de sus velos". Y después es Dos Passos quien, personalmente, añade, en el mismo tomo y en la misma página: "Yo no quiero decir que Baroja escribe con conciencia social. Es demasiado novelista para eso .... Pero es cierto que un profundo sentido de la depravación de las instituciones existentes se haya detrás de cada página que escribe".

Es el mismo Dos Passos quien nos afirma de una forma explícita, mediante la comparación entre Baroja y los novelistas rusos, su cualidad izquierdista: "fuera de Rusia, dice en la pag. 11, tomo segundo, del libro Baroja en su Mundo, nunca ha habido un novelista tan interesado por todo lo que la sociedad y la respetabilidad rechazan. No es que el interés por los parias sea nada nuevo en la literatura española".

¿Tienen, pues, razón los críticos que consideran a Baroja como un hombre comprometido?. Nora ha escrito, con palabras que pueden servirnos de aproximación para un estudio de la verdadera ideología barojiana, que: "fuera de las consideraciones teóricas de sus libros, Baroja es demasiado escéptico moralmente, con una idea o sentimiento demasiado escéptico del egoísmo y cobardía del hombre, para creer en la eficacia-casi ni en la posibilidad- de una acción verdaderamente revolucionaria...". Y añade el mismo Nora que: "no es sorprendente que se mostrara desde su juventud indiferente hacia los partidos y hombres de partido, sino es para despreciarlos; escéptico, luego, ante la república y hostil siempre con las masas hasta la brutalidad: "ya dentro de la república, mi tesis, dice Baroja, es que el pueblo revolucionario se insubordinará y que el gobierno se verá en el caso de ametrallarlo". De este modo Baroja se declara partidario en definitiva, apostilla Nora, de la monarquía "desde un punto de vista práctico y, si se quiere, egoísta", pag. 106 de la Novela Contemporánea.

En su postura política antirepublicana habría, pues, unas razones más profundas que su desdén y su falta de confianza en los máximos dirigentes políticos, como supone su sobrino Caro en la pag. 45, tomo 1º, de Baroja y su Mundo, cuando nos dice: "mi tío no creyó desde el principio en el éxito del ensayo republicano. Por dos razones. Tenía poco aprecio por la generalidad de los jefes de los partidos en auge. Consideraba -por ejemplo- a Lerroux como un pobre hombre reblandecido y a Azaña como un remedo de hombre enérgico y a otros como puros charlatanes...". La última razón de su antirepublicanismo nos la daría, de acuerdo con lo que, implícitamente, Nora expresa y en contra de Caro, la prevención y el recelo de Baroja ante las masas. Y decimos que, en contra de Caro, porque para éste hay que distinguir en Baroja dos

actitudes: la que tiene respecto de los dirigentes socialistas y republicanos que es, aunque por diferentes motivos, negativa, y la que tiene respecto de los partidos obreros y respecto de la posibilidad de un cambio estructural, que es más o menos positiva. Dice Caro en la pag. 45, tomo 1º, del libro ya tantas veces aludido, que: "los partidos obreros en si le producían curiosidad. No sobreestimaba las fuerzas de la Izquierda y hubiera visto con gusto un ensayo de dictadura reformista radical. Pero si el programa de los conservadores le repugnaba siempre, si su tendencia anticlerical era profunda, no por eso dejaba de comprender que éstos tenían mucha fuerza y ciertos derechos".

Para nosotros, Baroja está mucho más cerca de la opinión que sobre él emite Sender, cuando nos lo define como un antiburgués, en apariencia, como un hombre auténticamente convencional, conservador y conformista ("el antiburgués Baroja está lleno de prejuicios, incluso en aquellas obras que tratan de ser revolucionarias y subversivas, como la serie de "La lucha por la vida". Sus novelas son expansiones de un conformista mal humorado, pero conformista"... , pag. 9, tomo 2º del libro Baroja y su Mundo), que de la opinión que, sobre él, emite García Luengo, cuando nos lo define como un hombre fanático y sincero, que son cualidades más o menos subjetivas, y como un "rebelde" y "disconforme" que son peculiaridades políticas antagónicas respecto de las cualidades políticas y no subjetivas que Sender <sup>atribuye</sup> le conformismo, conservadurismo. Dice García Luengo en la pag. 4, tomo 2º, del libro, tantas veces aludido, Baroja en su Mundo, que: "Baroja, para huir de determinados convencionalismos, incurre en otros que no resisten al menor análisis. Como todos los fanáticos, haciendo también gala de su famosa sinceridad, halaga a unas zonas oscuras del alma que son, en contra de lo que se cree, más seguro camino que otras, llamadas con igual ligereza, acomodamientos y blanduras. Toda pasión de rebeldía y disconformidad halla simpatía de principio en ciertas personas, sobre todo si son jóvenes". Y añade García Luengo: "a veces Baroja no ha hecho sino utilizar esa disconformidad previa contra todo, en una especie de "Viva Cartagena" al revés".

Pero las razones que nosotros utilizaremos para defi-

nir a Baroja como un conservador, no serán las mismas, no obstante considerarlas parcialmente válidas, que las utilizadas por Neraz en "La Novela Española". No se basarán, pues, nuestras razones en su opinión contraria a la República; no en su definitiva inclinación hacia la Monarquía. Para nosotros, Baroja no puede ser un hombre de izquierdas, y ésta es nuestra vía propia, porque, en él, lo "externo" no condiciona al hombre; porque, en él, lo "externo", sea del tipo que sea, tiene solo un valor, en último término, estetizante, aunque sea antiestético, y anecdótico; no condicionador.

Nosotros nos alejamos de la opinión de Casinos, García Luengo, Caro Baroja, Gonzalez Blanco, Des Passos, y de ser auténtica la propensión emotiva y sentimental hacia los desheredados, que ellos señalan en Baroja, tales actitudes emotivas, más que para definirle, ideológicamente, como un hombre de izquierdas, nos servirán para señalar una contradicción: la de que su izquierdismo sentimental y emotivo no le conduzca hacia el descubrimiento primero, y el análisis, después, de lo que, para un hombre de izquierdas, queda definido como objetivamente culpable de la situación de esos desheredados.

Veremos como el idealismo de Baroja queda definido más que como "un conjunto fosilizado de prejuicios que impiden una aproximación, directa y justa, a los valores humanos" (Sender), como olvido de los elementos históricos y sociales que condicionan al hombre, desde su exterior. Veremos como, para Baroja, el hombre encuentra su propia explicación en sí mismo, y como hay que partir, sólo, de sus contradicciones internas para comprenderle. Veremos como los fenómenos colectivos, las degradaciones colectivas, son, sólo, función del subjetivismo eterno e inmanente del hombre, y como son, por lo tanto, inevitables. Los personajes de Baroja no existirán ni social ni históricamente y su único rasgo psicológico consistirá, por lo tanto, en expresar peculiaridades abstractas y absolutas.

Desprovistos sus seres de esa calidad socio-histórica, ya veremos como siempre que señala responsabilidades o aciertos los dota de un matiz individual, y más que individual "humano", en el

sentido de que serán peculiaridades -positivas o negativas-, puramente humanas, las que se encarnan en cada momento. Y, en este sentido, sus seres no se irán haciendo, sino que vendrán, ya desde la cuna, hechos, "conformados".

Las limitaciones, no solo subjetivas sino también "prácticas", le vendrán al hombre, solamente, de su propio subjetivismo. Lo que determinará cuales son sus deseos; es decir, que es lo que quiere, de una parte, y, de otra, con que medios cuenta para realizarlo, serán, solamente, sus propios subjetivismos quienes lo establecerán y no sus condicionantes concretos de vida: su barrio, su clase, su familia, su nivel económico.

Para Baroja la "conciencia" no tiene ningún papel. Efectivamente, lo que él valorará como elementos determinantes de la positividad del hombre serán, y no podía ser de otro modo, dada su falta de relación, de referencia del hombre al medio, solamente, las cualidades inmanentes; no la "conciencia", elemento básica y primariamente positivo para un hombre de izquierdas, que determina, siempre para tal tipo de hombre, a través de la inteligencia y del contacto permanente, también sentimental, con las cosas, una amplia percepción del sentido no metafísico sino social, que ese mismo entorno posee.

Pero ¿qué son, por otra parte, esas realidades mismas que rodean al hombre? ¿por qué están ahí? ¿que suponen, que significan socialmente, históricamente, fuera ya de la operabilidad sobre el hombre, esa operabilidad en la que Baroja no cree? ¿que significan, social e históricamente, la pobreza absoluta de comienzos del XX de algunos barrios extremos de Madrid?

Lo externo ni influye sobre los hombres, ni adquiere su sentido, su significado, no ya de condicionante, a través de un estudio socio-histórico que englobe, de una parte, esas circunstancias externas, y, de otra, a los grupos sociales que lo producen, y que lo explican.



A continuación pasamos al análisis de la obra escogida: la trilogía llamada "La Lucha por Vida", que ha sido escogida en función, justamente, de su mayor "polemicidad".

Nuestro análisis se irá desarrollando como respuesta a los siguientes apartados:

a) GRUPO DEL SUBPROLETARIADO EN GENERAL Y DE LOS PODEROSOS:

1º Exclusividad de una visión subjetiva sobre los problemas del "Barriobajero" y sobre las psicologías de los poderosos -2º Olvido de la importancia de las situaciones estructurales- 3º Responsabilidad puramente subjetiva e individual, no social, de los poderosos- 4º Inexistencia de unas diferencias objetivas entre los diversos grupos sociales- 5º Diferenciación puramente subjetiva de tales grupos-

b) GRUPO EXTRASOCIAL DE LOS MENDIGOS, DE LOS GOLFOS Y DE LAS PROSTITUTAS:

1º Ausencia de unos planteamientos sociológicos en el fenómeno de la prostitución y en el fenómeno de la golfería- 2º Responsabilidad exclusiva del golfo respecto de la situación en que se encuentra- 3º inexistencia del fenómeno subjetivo de la "Conciencia"- 4º Operabilidad necesaria de las buenas cualidades y del trabajo- 5º Visión subjetiva, inmanente, trascendente y metafísica del trabajo-.

c) GRUPO SOCIAL DE LA PEQUEÑA-BURGUESIA

d) DISQUISICIONES FILOSOFICAS; 1º MORAL INDIVIDUAL-EGOISTA:

Róberto- 2º moral de la entrega: Juan- 3º Coincidencia filosófica de tipo idealista entre los dos sistemas que expresan a la moral de la entrega y a la moral del egoísmo- 4º Inevitabilidad, en cuanto norma de conducta, de la moral egoísta.

1º EXCLUSIVIDAD DE UNA VISION SUBJETIVA SOBRE LOS PROBLEMAS DEL "BARRIO-BAJERO.- Dice Baroja en la pag. 88 (15-30): "en la mayor parte de los cuartos y cuchitriles de la Corrala saltaba a los ojos la miseria resignada y perezosa unida al empobrecimiento orgánico. Era, en general, toda la gente que allí habitaba gente descentrada, que vivía en el continuo aplanamiento producido por la eterna e irremediable pobreza: peones de albañil, de carpintero, gitanos esquiladores de perros, cargadores, barberos, saltimbanquis. Casi todos ellos, si se terciaba, robaban lo que podían. Todos presentaban el mismo aspecto de miseria y consunción. Todos sentían una rabia constante, que se manifestaba en imprecaciones furiosas y en blasfemias". Y más adelante: "de cuando en cuando, como un suave rayo de sol, penetraba en el alma de aquellos hombres entontecidos y bestiales, de aquellas mujeres agriadas por la vida áspera y dura y sin consuelo ni ilusión, un sentimiento romántico de desinterés, de ternura, que les hacía vivir humanamente y cuando cesaba la racha de sentimentalismo, volvían, otra vez, a su inercia moral resignada y pasiva". Se trata de hombres que aceptan resignadamente su pobreza; de hombres que están empobrecidos moral y orgánicamente; de hombres que son ladrones y que están provistos de una rabia constante; de hombres que son bestiales y que no tienen una idea sobre su vida, ni "aspiraciones, ni placeres, ni proyectos, ni nada". Un panorama sombrío una degradación biológica y moral. Psicológicamente, seres descentrados, provistos de una rabia constante; seres agriados, y, mentalmente, el vacío absoluto, la absoluta falta de actividad mental bajo cualquiera de sus formas, incluso las mas sencillas.

La identificación de estos seres con la pobreza, su resignación, serán absolutas, en cuanto ni, imaginativamente, se evaden de ella. Pero, sin embargo, a esta inactividad, a esta pasividad mental, no corresponderá una misma atonía psicológica. Son justamente "hombres descentrados", provistos de una rabia constante, expresada en imprecaciones furiosas y en blasfemias, lo que tenemos delante; es decir, hombres, cuyo ritmo psicológico, no es producto de su atonía mental, de su resignación mental a la pobreza, sino de ésta última; de las condiciones estremadamente rigurosas en que su

vida se desarrolla. Pero, hasta ahora, es solo narrativa lo que hemos hecho. Veamos con detalle cual es la solución que preconiza Baroja.

Para él, la solución, incluso moral, coincide con el desarrollo de una cierta capacidad de sentir, por una parte; con la aparición de una conciencia de si mismo, por otra. Se nos dice de estos hombres, que, cuando pasaba su racha de sentimentalismo ocasional, volvían a su "inercia moral resignada y pasiva" y que "vivían como hundidos en las sombras de un sueño profundo, sin formarse idea clara de su vida, sin aspiraciones, ni placeres, ni proyectos, ni nada". Es decir, Baroja no ha ido, al elaborarse una solución, contra la gran causa (causa que él mismo identifica, al principio de de su relato sobre el Corralón, con la pobreza) de la degeneración, a todos los niveles, de tal hombre. Ha ido a la elaboración, a la aparición de una capacidad mental y de una capacidad sentimental en abstracto; no a la superación de un determinado marco económico. Es bueno recordar a este respecto, por otra parte, como si se reprocha a las sombras del sueño profundo en que viven, es, fundamentalmente, porque tales sombras determinan la inexistencia de una conciencia solo personal y la inexistencia de una actividad mental mínima. Parece como si se nos dijera: "el hombre debe depurarse, perfeccionarse, he aquí la solución". Pero sin contar, para ello, con los condicionantes externos que determinan su actual nivel de primitivismo. Esa depuración, esa evolución humana, no pasan, en Baroja, por una superación, por un ajuste de los condicionantes externos. Baroja no explica, contrariamente a lo que un hombre de izquierdas habría hecho, ese conjunto de circunstancias externas al hombre, ni analiza las mas determinantes de entre ellas.

Al describir el Corralón, uno de estos barrios, las peculiaridades mentales y psicológicas de la mayor parte de sus habitantes dependían de un externo. <sup>podemos preguntarnos</sup> 1º ¿cual es la relación de la pobreza con la posibilidad de una liberación personal del hombre; con la posibilidad de un enriquecimiento "puramente" humano? 2º ¿qué es la pobreza? ¿por qué existe?. Pues bien, respecto a la liberación potencial del hombre, reafirmaremos, una vez más, que Baroja comete la paradoja de preconizar una liberación a puro título personal, sin remediar el gran externo; la pobreza, que expresamente determi-

naba las deficiencias personales: una liberación basada en un perfeccionamiento de los sentimientos y de la inteligencia, no hecho depender de la supresión del gran condicionante paralizante de los unos y de la otra. Y con todo, Baroja había hecho depender, en un primer momento, y consideramos que es útil insistir en ello, las categorías personales "degradación física y degradación moral" de la pobreza. Sin embargo, la solución del hombre, la solución de esas mismas taras, que expresan esa pobreza, y de las cuales esa pobreza es la condición, no pasan, en Baroja, por su supresión (de la pobreza). Respecto al 2º punto nos preguntamos de nuevo: ¿por qué existe la pobreza? ¿existen algunas relaciones entre los suburbios, en cuanto entidades humanas y sociales y otras entidades humanas y sociales? ¿quien la determina? ¿es evitable tal pobreza? Baroja, por una parte, respondía a esta cuestión explícitamente, al llamarla "eterna e irremediable". Pero para un hombre de izquierdas, la pobreza debería quedar explicada, en mayor o menor grado, por unas relaciones sociales de clase. Para un hombre de izquierdas habría una clase que sería la que, en un grado mayor o menor, explicaría esa pobreza. Vamos a ver como ve Baroja esas relaciones y como ve esa responsabilidad.

3º RESPONSABILIDAD PURAMENTE SUBJETIVA E INDIVIDUAL, NO SOCIAL, DE LOS PODEROSOS.- Para un hombre de izquierdas, hay unas relaciones, que no son físicas, entre el grupo social y humano centrado en este barrio y otros grupos sociales y humanos, en función de las cuales habría que determinar muchas, no de las peculiaridades psicológicas, pero sí de las peculiaridades económicas más generales: esa extrema pobreza, de tal barrio. Tal relación es, para un hombre de izquierdas, algo permanente, no accidental. Pues bien, cuando Baroja habla de tal relación, la convierte en una relación física y accidental, que se establece o bien entre representantes de un grupo confesional y un limitado número de personas de uno de estos suburbios, entre las cuales figura un albañil, o bien entre unos aristócratas y otro grupo igualmente limitado de personas, pertenecientes, ahora, a un suburbio diferente: los mendigos, sobre los cuales ejerce Baroja una suerte de realismo descriptivo: "caras hinchadas de estú-

pida apariencia, narices inflamadas y bocas torcidas, viejas gordas, pesadas como ballenas, melancólicas; viejezuelas esqueléticas de boca hundida y nariz de ave rapaz; mendigos vergonzantes con la barba berrugosa, llena de pelos y la mirada entre irónica y huraña; mujeres jóvenes, flacas y extenuadas, desmeñadas y negras; y todos envueltos en trajes raídos, remendados, zurcidos, vueltos a remendar hasta no dejar una pulgada sin un remiendo", pag. 95 (14-28) de La Busca. Y añade: "parecía como si todos adivinasen lo inútil de un simulacro de caridad que no arreglaba nada". Antes, la relación que se establecía entre, por otra parte, solo un corpúsculo de personas del suburbio y unos aristócratas, era ocasional y puramente física. Una nota hay que añadir ahora: tal relación tiene una negatividad puramente personal; son unas personas concretas, unos aristócratas concretos o la totalidad de los individuos aristócratas, que eso sería lo mismo, los únicos responsables. Nada importa, en efecto, el hecho de que Baroja se refiera a unos pocos aristócratas o de que vea, en tales pocos aristócratas, un símbolo que exprese a la totalidad de ellos. Y ello, porque la responsabilidad, que atribuye a tales pocos o a tal totalidad de aristócratas, es, en ambos casos, la misma: una responsabilidad exclusivamente personal (sin duda, existente, pero no exclusiva ni siquiera fundamental) y a título, sean muchos o pocos los aristócratas responsables, de entes perfectamente concretos e individualizados. Sin embargo, para un hombre que plantee su crítica al nivel de lo objetivo, estos aristócratas concretos no se pueden expresar ni solo a sí mismos, ni a la totalidad de los seres individualizados de su clase, sino que deben, en mayor o menor grado, equivaler a un símbolo de su grupo social, y, por lo tanto, la responsabilidad que el hombre planteado críticamente les atribuiría no sería la exclusivamente personal.

Conclusión: no hay, por debajo de la pobreza y para Baroja, unas relaciones sociales explicandolas en mayor o menor proporción. No incumbe, por lo tanto, a ningún grupo social, en cuanto grupo social, ninguna responsabilidad.

El clero en cuanto clero, las cofradías religiosas en cuanto tales, al no ser causa de la degradación de estos barrios, no tienen porque establecer una relación permanente con esas degradaciones objetivas, con esos determinantes externos. Por eso, un hombre planteado críticamente no tendría porque criticar la relación puramente física, accidental y personal, que se establece entre representantes de tales cofradías religiosas y algunos de los hombres de estos barrios; ni <sup>su</sup> accidentalidad, ni lo casual de la misma. No obstante, nos interesa lo que dice un albañil a tres representantes de una de estas cofradías religiosas. Se lee en la pag. 129 (20-28) de Mala Hierba: "son unos hipócritas. ¿A qué vienen aquí, a echárselas de caritativos?. A hacer el paripé, a eso vienen esos tíos, esos farsantes ¿qué leñe quieren saber? ¿que vivimos mal? ¿que estamos hechos unos guarros? ¿que no cuidamos los chicos? ¿que nos emborrachamos?. Bueno, pues que nos den su dinero pero que no se nos vengán con bonos y consejos". El albañil expresa unas condiciones socio-económico-personales de tipo general: pobreza, falta de confort, suciedad y falta de higiene personal, borracheras, ausencia de auténtica vida familiar. El albañil entra en un cuadro general de una situación humana concreta, en un cuadro general de unas concretas condiciones objetivas, a las que explica en función de una deficiencia básicamente económica. En este sentido, el albañil está en la línea de los primeros comentarios genéricos que, sobre el Corralón, hacía Baroja. No se trata ya, por otra parte, de la relación entre unos aristócratas y unos mendigos. Se trata, para el albañil, de algo mucho más importante y mucho más general: de la relación entre ricos y pobres. El albañil se aleja, por otra parte, de Baroja, en cuanto no preconiza soluciones basadas en una mayor adquisición de buenas cualidades personales, susceptibles de ser adquiridas en abstracto, como Baroja hacía. El albañil propone una solución objetiva y colectiva. Es ante las deficiencias de los hombres del barrio entero, ante las que el albañil se plantea y son tales deficiencias, colectivas y objetivas, aquello para lo que el albañil pide arreglo, un arreglo económico, y no basado en la adquisición abstracta de buenas cualidades personales. Podíamos pensar, pues, que el albañil adoptaba, en contra de los mendigos, para quienes la caridad no era inútil por si,

sino por ser un simulacro, una posición crítica respecto de la caridad. Nada más equivocado. El albañil puede estar contra la caridad que realizan tres personas, y, ello, también, en función de que es un "paripé" y no en función de que es ineficaz si se la compara con lo profundo y universal de las necesidades. Pero aquello que el albañil acaba pidiendo a los ricos es generosidad; es decir, caridad. La solución a la pobreza de estos barrios será, pues, la caridad de los ricos quien la determine. La responsabilidad de tales ricos, como la de los aristócratas que ayudaban mal a los mendigos, no dejará de ser ahora, como antes, puramente subjetiva. La responsabilidad que les incumba será, en efecto, en cuanto entes no caritativos; es decir, en cuanto no realizadores de algo a lo que no están obligados. La culpabilidad de los ricos será, ahora, la de su falta de generosidad. Ninguna responsabilidad les incumbirá en cuanto grupo social monopolizador de los recursos materiales, cuya legitimidad, ni antes Baroja explícitamente, ni ahora Baroja, situado detrás del albañil, discuten. Son grandes dosis de caridad y no una reforma estructural lo que el albañil ha pedido. Pero si, por una parte, el albañil pide caridad, por otra, al vincular la solución del problema económico de los suburbios a la generosidad de los ricos, está sentenciando la eternidad de tales deficiencias económicas, como antes expresamente, Baroja decía, al dar la imposibilidad substancial de una alteración en los condicionantes, "eternos e irremediables", más generales de la vida de estas gentes. Puras responsabilidades humanas es lo que Baroja señala; puras responsabilidades subjetivas, dadas en función de la "no encarnación", en el rico, de unas determinadas virtudes humanas, virtudes que surgirán, a lo largo de toda la obra, como algo puramente abstracto y desligado, en su posibilidad, de lo objetivo, de lo externo. No les incumbirá, pues, a los ricos una responsabilidad social auténtica. El albañil coincide con Baroja: la pobreza no es, en ningún caso y en ninguna proporción, consecuencia de unas relaciones sociales de clase.

Consideramos importante, a este respecto, reproducir algunas de las referencias que Baroja hace sobre los aristócratas. De una tal señora de Braganza, cuya categoría social nos la da su intimidad con un ministro, nos dice que: "firmaba cheques en falso, impulsada por su afición al juego, con el nombre de su marido". "Lo

de la marquesa, se añade, es otra cuestión. Últimamente su querido era Ricardo Salazar, un ex-diputado". De éste último se nos dice que es un golfo completo y que la marquesa era objeto de sus chantajes. De otro marqués nos dirá que le gustan los hombres y que en la actualidad "se dedica a uno". De un gobernador, que: "a veces, cuando llegaba su señora algo fatigada, después de alguna aventurilla, se encontraba a su esposo, con su noble aspecto, cenando mano a mano con la criada cuando no abrazándola cariñosamente", en M. H., pag. 127 (1-17); de un marqués, que habría seguido jugando hasta que le hubieran encontrado muerto sobre el tapete. "Me retiré porque ya no tenía dinero", nos dirá tal marqués. Puede seguir expresando repugnantes apariencias físicas, insuficientes niveles mentales. Puede decir de la casa de "La Coronela", centro de reunión de una sociedad elevada, que: "aquello tomaba un aspecto mixto de mancebía lujosa y de garito elegante; ni el silencio angosto de una garita de juego, ni la gregeria alborotada de un burdel; se jugaba y se amaba discretamente. Era una reunión muy modernista", en M. H., pag. 89 (9-14). Puede hacer decir a Vidal en M. H., pag. 224 (4-10) que: él se entiende con el cojo y el cojo con el maestro, y que el maestro, él no sabe con quien se entiende; que lo que él sabe es que arriba hay gente gorda". Es decir, que la responsabilidad máxima que Baroja llega a detectar en la clase alta, es una responsabilidad moral, aunque de raíz y de consecuencias individuales; las consecuencias son, solo, tales aristócratas, tales poderosos, en singular, los que las padecen: inversión sexual, obsesión por el juego, adulterio, chantaje, estafa.

Si la responsabilidad que Baroja asignaba a los aristócratas era solo subjetiva, ahora, quienes sufrirán las consecuencias de sus deficiencias serán, solamente, ellos mismos; no por toda una colectividad de desgraciados.

#### 4º INEXISTENCIA DE UNAS DIFERENCIAS OBJETIVAS ENTRE LOS DIVERSOS GRUPOS SOCIALES.-

De otra parte, al no abrirnos Baroja a las circunstancias externas determinantes, queda claro como la especial deprecación de los grupos sociales, no constituirá sino una encarnación concreta



de un tipo general, aplicable a cualquier clase social, de imperfección humana, no explicada, en su posibilidad, por nada objetivo exterior a ella misma. Puestos en esta perspectiva, la igualdad esencial de tipo moral y psicológico que Baroja encuentra entre ricos y pobres, corresponde a la anulación de las diferencias objetivas y externas que entre tales grupos sociales: ricos y pobres, existen. Todo ello lo comprobamos de una manera explícita en el párrafo de la pag. 89 (30-4) de M. H., en que Sergio nos dice: "(esto) es la amoralidad de las costumbres. Los españoles no somos inmorales; lo que pasa es que no tenemos idea de la moralidad. Esto es una consecuencia natural y necesaria de nuestra raza. Estamos degenerados. Somos una raza de última clase". Y, sobre todo, en la pag. 96 (2-25) de La Busca, en que se lee, como Roberto dice: "qué pocas caras humanas hay entre los pobres. En estos miserables no se lee mas que la suspicacia, la ruindad, la mala intención, como en los ricos no se advierte mas que la solemnidad, la gravedad, la pedanteria;" porque en tales párrafos se alude a unos puros entes personales, que, por no estar referidos a un externo decretan una entidad moral, que aunque provista de una diferente matización subjetiva, en uno y en otro caso, pertenecen a un mismo tipo metafísico.

#### 5º DIFERENCIACION PURAMENTE SUBJETIVA DE LOS GRUPOS SOCIALES.-

Las comparaciones entre diversas clases no se han hecho en función de sus niveles objetivos, sino en función de sus niveles subjetivos. Mirando subjetivamente, Baroja verá una idéntica depravación en los aristócratas y en los pobres. Por eso, el modelo humano que, desde fuera del suburbio, les ofrecera no pertenecerá a esa aristocracia. Pero tal modelo, aunque no aristócrata, será, también, un modelo exclusivamente subjetivado. Y si Roberto, el modelo ofrecido, es el hombre mas antagónico respecto de los del Corralon, ello no se deberá a que, a través de su identificación con un símbolo social, su caso expresa el irreductible alejamiento social entre su clase y la de los subproletarios del suburbio. Si es su antagónico, es porque él, subjetivamente, equivale a unas virtudes y a unas posibilidades personales, alejadas de las peculiaridades de tales subproletarios

Lo que le diferencia de ellos es su psicología individual, y no su diferente estructura social. "Me decidí a enterarme, dice Roberto, hasta ver la cosa claramente, sin esperanza ninguna, solo como una gimnasia de la voluntad. ¿Sería capaz de llevar a cabo una obra diaria de pequeñas molestias, de pequeños fastidios?. Si, me dije a mi mismo", pag. 22 de La Busca. Roberto es una pura referencia personal (nunca una referencia a lo objetivo, a lo externo) a la cualidad de la voluntad, ahora. Y lo que le distingue básicamente del arrabalero, es un elemento exclusivamente personal. Porque los condicionamientos de Roberto y la incorporación de los mismos a su análisis, así como la diferenciación de éste respecto de otros grupos humanos, en función del ambiente, es algo que, para Baroja, no cuenta. Roberto no dejará nunca de ser un singular. Nunca llegará a convertirse en un símbolo social.

Baroja ha utilizado, otra vez, unas comparaciones incompletas. Ahora se trata, lejos de toda alusión a lo externo, de los subjetivismos inmanentes de individuos pertenecientes a muy diversas escalas sociales. De nuevo, se reproduce en tipos concretos, la anterior e incompleta, por alejada de los elementos externos, comparación que, entre pobres y ricos, antes se hacía. Roberto se nos aparece como una instancia subjetiva, definida por una capacidad de enfrentamiento consigo mismo; por una potencialidad de modificación sobre el curso de su propia vida, por una capacidad de vencimiento sobre sí mismo. Pues bien, es en función de estas cualidades personales: decisión, toma de conciencia sobre sí mismo, voluntad, en función de lo que, solamente, se establece la comparación entre Roberto y el subproletariado madrileño en particular.

b) GRUPO EXTRASOCIAL DE LOS MENDIGOS, DE LOS GOLFOS Y DE LAS PROSTITUTAS.

1ª) AUSENCIA DE UNOS PLANTEAMIENTOS SOCIOLÓGICOS EN EL FENÓMENO DE LA PROSTITUCIÓN Y EN EL FENÓMENO DE LA GOLFERÍA.- Respecto a las prostitutas conviene decir, enseguida, una cosa: Baroja no se ha enfrentado con el problema de la prostitución, con el de su existencia; con el de las circunstancias económicas y sociales que lo determinan. No ha puesto a estas prostitutas en sus coordenadas exteriores a ellas mismas. No las ha hecho depender, en su calidad

de prostitutas, de las circunstancias externas condicionantes. No se ha hecho esta sencilla pregunta: ¿por qué muchas de las mujeres de los barrios extremos de Madrid se hacen prostitutas?. Al hablar de la prostitución, Baroja olvida una relación que, antes, breve y verbalmente tenía presente: la relación de dependencia, respecto de la pobreza, de los hombres del Corralón, en su conformación psicológico-mental-moral. Dice en la pag. 120 (24-3) de la Busca: "entre la fila de viejas (golfas viejas como las ha llamado Leandro) había algunas chiquillas de trece a catorce años, monstruosas, deformes, con los ojos legañosos; una de ellas tenía la nariz carcomida completamente y, en su lugar, un agujero con una llaga; otra era hidrocefala con el cuello muy delgado". No negamos, ni mucho menos, la validez de tal realismo descriptivo. Lo que negamos es lo limitado del planteamiento. Efectivamente, las prostitutas pueden poseer estos rasgos de extrema degradación mental y física. Pero el problema de la prostitución los emerge. No son, solamente, tales rasgos personales quienes determinan tal problema, sino un conjunto de realidades económicas, que Baroja no ha trazado, a las que ni siquiera a mencionado, y, dentro de cuyo marco, tal problema de la prostitución ha de encontrar buena parte de su importancia y de su explicación.

Baroja se ha querido plantear la prostitución, pero podemos considerar a sus prostitutas como símbolos mutilados, dada su falta de referencia a las causas más profundas y más generales. Tales símbolos pueden expresar situaciones, físicas o morales, o consecuencias; nunca causas. Baroja podrá hablarnos de la precocidad, del embrutecimiento, del abandono moral, de la absoluta ruina física o de la imposibilidad en que una prostituta, en concreto, dice hallarse de dejar de serlo. Pero tales rasgos externos, provistos de una validez que no discutimos, no revelan completamente el fenómeno. ¿Por qué hay prostitutas? nos preguntamos una vez más. Baroja ha desprovisto de todo valor colectivo a la causa. Cuando al fin y muy tímidamente se ha decidido a expresarla, tal causa no expresará las más generales de la prostitución; expresará, sólo, los motivos personales, por los que se han hecho prostitutas tres mujeres, motivos sólo válidos para cada una de ellas en singular. No las causas capaces de esclarecernos el fenómeno. Así, se lee en M.H., pag. 24 (26-6) que

Flora dice: "yo entré en "la vida" porque no veía en mi casa otra cosa. No tenía padre ni madre. Vivía con unas tías que eran golfas como yo. A mí me querían meter en un taller. Y dije yo: para trabajar, prefiero ser una golfa". Por su parte "la aragonesa" nos cuenta que: "yo fui deshonrada por un señorito de Zaragoza; como mi padre vive allí y es carpintero y también mis hermanos, para darle esta vergüenza pensé ir a Madrid".

Baroja nos está dando retratos colectivos: prostitutas, mendigos y, ahora, golfos. Pero su planteamiento ante tales colectivos nos lo definen como un conservador a priori. Porque a la "tríada" no la ha dado como tres posibilidades vinculadas a un medio más o menos culpable. La dependencia de tales mendigos, de tales prostitutas, de tales golfos, respecto del medio físico y económico, propio de los barrios extremos, es un elemento vago, carente de importancia ante las versiones puramente subjetivas que tanto de unos como de otros grupos humanos ha hecho. En la pag. 212 (12-22) de la Busca se lee: "vamos al observatorio allá no nos mojamos. Los de la cuadrilla volvieron hacia atrás, saltaron una tapia que les salió al paso y se guarecieron bajo un pórtico. Venía un viento de Guadarrama y allá quedaron al socaire", y en la pag. 215 (18-19) que: "de las cuevas del Cerrillo de San Blas salían gateando algunos grupos de golfos miserables, que, pensando sin duda en una batida de la policía, echaron a correr desnudos con los harapos bajo el brazo". Los peligros no le vendrán al golfo de unas condiciones objetivas, socio-económicas, en que su vida transcurre; o en último término, de otros grupos socio-económicos que determinan tales condiciones; le vendrán de dos externos: la policía, la inclemencia del tiempo. Análogamente, en la pag. 212 (24-27) de la Busca se lee que: "la tarde y parte de la noche estuvo lloviendo y la pasaron hablando de mujeres, de robos, de crímenes", y en la pag. 21 (4-18) que: "a Manuel le chocaba la mala intención de todos: uno explicó cómo a un viejo de ochenta años, que dormía furtivamente en un cuchitril, le abrieron, una noche que corría un viento helado, dos de las esteras y al día siguiente lo encontraron muerto de frío". Es decir, si los peligros del golfo no se vinculan a sus desfavorables condiciones socio-económicas, sino a unos externos que nada tienen que ver con tales condicionamientos, por otra

sus motivaciones no quedarán, tampoco, vinculadas a tales condicionamientos, sino a una perversidad intrínseca, en función de la cual, no hecha depender tal perversidad de aquellos condicionamientos, el golfo se convierte en un ser absolutamente culpable y responsable. Baroja no nos ha explicado la psicología del golfo desde fuera de él. Para Baroja, toda vez que los condicionantes externos no son culpables, habría que estar, por otra parte, contra el golfo y no contra esos condicionantes, inoperante según él.

2º RESPONSABILIDAD EXCLUSIVA DEL GOLFO RESPECTO DE LA SITUACIÓN EN QUE SE ENCUENTRA.- Siguiendo a Baroja, si hay golfos, será porque, antes, hay, explicándoles, una determinada conformación psicológica que, al no estar conectada con su circunstancia, deviene un absoluto psicológico.

El único culpable de que "el Vizco", uno de estos golfos, se haya hecho golfo, Baroja le encuentra en su maldad constitutiva; en una bestialidad constitutiva, que tiene múltiples manifestaciones; así, la elevación a sagrado del puñal como símbolo de la violencia, el regodeo que le produce matar perros y gatos; su lenguaje colmado de barbaridades y blasfemias; su degradación sexual; su predisposición al robo y al asesinato. Y todo ello, para que quede bien claro que su depravación es un hecho con el que ha nacido. Si, para Baroja, lo positivo se identificaba a la cualidad personal, lo negativo se identifica, de nuevo, a algo personal: a deficiencias puramente personales e inmanentes. No es ya, solo, que lo importante, negativo o positivo, sea, para él, una categoría personal; es que la causa de tal negatividad es, también, exclusivamente personal. La culpa de la forma de ser del vizco no la tiene nadie ni nada; no la tiene el medio. La tiene algo personal. La tiene el propio vizco, sus puras deficiencias biológicas y psicológicas de tipo personal e inmanente, de tal forma que su negatividad no expresa, en ningún momento, una contestación a unos condicionamientos estructurales, sino una contestación a su propia deficiencia subjetiva, con la que ha nacido.

Otra de las motivaciones, también puramente subjetivas, que Baroja encuentra como explicación de la existencia del golfo, es la de un determinado subjetivismo indolente y perezoso. Si Manuel

y Juan se hacen golfos, es porque el trabajo les cansa, en función de su subjetivismo perezoso, y porque, una vez convertidos en golfos, no hacen nada por dejar de serlo. La responsabilidad absolutamente voluntaria del golfo, queda, ahora, a través de los nuevos ejemplos, remachada. En efecto, tal golfo tiene la posibilidad, en el otro extremo y a poco que se esfuerce, de transformarse en trabajador. Es decir, que los golfos pueden serlo también, porque, en función de una cierta modalidad de subjetivismo negativo, no quieren trabajar. Se lee en M. H.: "ninguno de los dos (Juan y Manuel) se preocupaban de buscar trabajo. Llevaban ya cerca de un mes vagabundeando y un día en un cuartel, al día siguiente en un convento o en un asilo, iban viviendo". Manuel, otra vez, ahora explícitamente él mismo y no Baroja, explica, como si es golfo, es porque no quiere trabajar. El robar o el pedir limosna no constituyen, de nuevo, contestaciones extremas a un cuadro general de dificultades objetivas. Constituye la substitución, más o menos lucrativa, a una falta de ganas de trabajar. Es por ello, por lo que el golfo, de una forma absolutamente libre y responsable, ha escogido una de las dos opciones: la negativa, que entre el trabajar, por una parte, o el robar y el mendigar, por otra, se le ofrecía en igualdad de condiciones. Dice Manuel a Vidal en M. H., pag. 219 (2-5) que: "yo no se como se puede vivir de otra manera. O hay que trabajar o hay que robar; o hay que ser rico o hay que pedir limosna. De trabajar he perdido la costumbre; para robar no tengo agallas, rico no soy, con que tendré que ponerme a pedir limosna", en donde Manuel expresa diversas opciones en idéntico plano de igualdad.

Finalmente, otra explicación puede suministrarnos la ambición, tampoco explicada desde fuera, de Vidal. Puros elementos subjetivos, con los que se nace en los tres casos, de bestialidad, pereza o ambición. Han sido elementos de carácter subjetivo, y no, en ningún momento, de tipo estructural, lo que, solamente, han prefigurado explicaciones varias para la explicación del golfo.

Para Baroja, el golfo tendría la obligación moral de aceptar el trabajo, dada su positividad, y su negación respecto del mismo solo puede explicarse en función de unas deficiencias inmanen-

tes de tipo moral e de tipo subjetivo.

El Bizco no solo quedaba sancionado personalmente. Será Baroja, ahora, el que le sentencie y el que arroje sobre él todo el odio que hacia un tal tipo, en función de la peligrosidad social del mismo, debía sentir. Dice de él: "era un bruto, una alimaña digna de exterminio".

Sin embargo, las referencias que el Bizco nos deja sobre su entorno, no pueden ser entendidas, en contra de lo que Baroja cree, como dimanando, solamente, de un subjetivismo negativo. "Ellos (el Bizco y el Vidal) no trabajaban, dice el propio Bizco. Con su chaira en la mano ¿quien le tosía a él?. En el cerebro de aquella bestia no habían entrado, ni aun vagamente, ideas de derechos y deberes. Ni deberes, ni leyes, ni nada. Para él la fuerza era la razón; el mundo un bosque de caza". "Solo los miserables pueden obedecer la ley del trabajo añadirá"el Bizco". El trabajo para los primos, seguirá diciéndolo el Bizco; el miedo para los blancos". Merece la pena hacer un análisis de lo que el Bizco ha dicho. Ha dicho que no existe la razón; que la ley, en función de la cual hay que trabajar, es dura y no debe ser obedecida. Que hay que ser un miserable para aceptarla. Ha expresado la negatividad de tal ley. Solo siendo fuerte, piensa el Bizco; solo armandose físicamente no se será tosido. El Bizco ha expresado una vivencia, una intuición, sobre el trabajo, sobre la sociedad, sobre los hombres de su momento histórico. El Bizco ha manifestado un cierto grado de conciencia, y es curioso comprobar como es, también, por culpa de esa conciencia, por lo que el Bizco ha quedado incorporado al grupo de los seres negativos. Lo que determina la negatividad del Bizco es, ahora, su no aceptación de las leyes, del sentido que el trabajo tiene, del tipo de deberes que se les exige, del tipo de derechos que se les concede, y que Baroja acepta en su formulación actual. Para Baroja, la toma de conciencia del Bizco, lo cual nos revela su entraña conservadora, sería un hecho negativo y no positivo, explicado por unas deficiencias inmanentes. Por el contrario, para un hombre de izquierdas, la negatividad del Bizco podría expresarla su conducta pero no su toma de conciencia.

El Bizco, por otra parte, se escapa del esquema explicativo de Baroja. Baroja le explicaba a través de sus imperfecciones de nacimiento. Baroja pretenderá que tales deficiencias son lo único válido y determinante. Pero el Bizco se escapa de tales sistemas explicativos, porque ¿cómo no pensar que no es su calidad inmanente de "bestia", sino una experiencia concreta de lo que el trabajo y los derechos y los deberes suponen; una intuición, por primitiva que sea, sobre el sentido de los deberes y los derechos, lo que determina sus vivencias y sus posturas mentales?. Baroja habla de derechos y de deberes en abstracto; de unos deberes y de unos derechos que tienen, para él, una sola matización: la de constituirse a modo de elementos necesariamente imperativos. Pero ¿por qué en lugar de dar la imperatividad, no haber hecho un análisis histórico de los ingredientes de tales conceptos?. Es decir ¿por qué no haber expresado, o haberlo intentado, el sentido que tales conceptos debían tener, a principios del XX y, aplicados a un suburbio miserable, para unos hombres situados en unas coordenadas socio-económico-históricas concretas?. Si, para Baroja, no existen unas razones objetivas, que impulsen a la golfería, nada más natural que Vidal no las exprese. Que el género de trabajo que se les ofrece, que las condiciones de vida, no tienen ninguna relación, no prefiguran una decisión de hacerse golfo, es, también Vidal, quien nos lo expresa indirectamente en su contestación a la pregunta de Manuel. En efecto, si Vidal se hace golfo es porque la vida del golfo es "chupendi", según el mismo Vidal nos dice; es decir, porque tal vida es positiva, y no porque esté presionado, en función de unas condiciones objetivas o, incluso, personales, como la muerte de su padre, que se lo imponen. Y si, para Baroja, "el Bizco" contesta negativamente, en función de una incapacidad congénita, a la pregunta de porque no trabaja; es decir, a la pregunta de porque él y Vidal se han afirmado en el sistema de vida de los golfos, el Vidal, a pesar de que él ha sido trabajador, también su padre, también su abuela; a pesar de que tendría que tener una idea, una vivencia o una intuición más o menos primitiva sobre lo que el trabajo significa se queda callado y es la presencia casual de dos trabajadores, y no su vivencia personal, lo que le suministra un argumento contra el trabajo. Es, en el fondo, la misma concepción, repetida una vez más, de Baroja; la realidad externa no existe para él, existen, básicamente, las cualidades. Solamente una vez, al prin-



cipio de la trilogía existe una realidad externa en forma de condicionante: la pobreza. Pero como aquella alusión constituye una excepción; como la norma es que no existan condicionantes, los golfos, simbolizados en Vidal y en el Vizco, no pueden abrirse a su condicionante. No se trata de una falta de conciencia del golfo, conviene aclarar. Se trata de la no valoración sistemática, por parte de Baroja, de un cuadro objetivo de circunstancias externas.

La golferia, como hecho, tiene, insistimos una vez más, un presupuesto subjetivo para Baroja: la negatividad congénita del golfo y no una situación estructural, objetiva y externa: el conjunto de circunstancias en que el golfo tuvo que vivir, y el sentido que el trabajo habría de poseer para él como condiciones, también, de unas características humanas con las que el hombre no nace, sino que adquiere.

### 3.º INEXISTENCIA DEL FENÓMENO "SUBJETIVO" DE LA CONCIENCIA.

Los seres positivos son, para Baroja, solo, los personalmente y subjetivamente bien cualificados; los que poseen alguna cualidad abstracta positiva. Pero la cualidad positiva no adquirirá, para él, un carácter dinámico, en el sentido de que el hombre que la posea no intentará captar o superar el entorno objetivo desfavorable de su vida. La inteligencia es una de las cualidades positivas. Admitirá, incluso, la posibilidad de una inteligencia politizada; pero lo que la politilice será, en su encarnación concreta en uno de estos barriobajeros, la especulación sobre unos conceptos tan abstractos, y tan abstractos, más aun, para estos barriobajeros, como la patria y la religión. En efecto, si, por una parte, no se hace un estudio sobre los condicionantes finales de la situación de los hombres del Corralón, uno de los suburbios de Madrid, tampoco aquellos condicionantes son elevados a la categoría de objetos de especulación. Tales condicionantes no existen ni como verdadera condición, ni como objeto a discernir por los más lúcidos, y la virtualidad política, la positividad especulativa, de tipo político, del hombre del Corralón deviene, para Baroja, una cierta capacidad de elevarse hacia los

grandes temas de la patria y de la religión. Se lee en la pag. 68 (17-4) que: "el zapatero" (es decir, el tío de Manuel) discursó un poco acerca del porvenir de España y de los motivos de nuestro atraso, conversación agradable para la mayoría de los Españoles que nos sentimos regeneradores. Le entusiasmaban palabras como las de la soberanía nacional y hablaba a boca llena de la Gloriosa; en cuestión de religión era partidario de la libertad de cultos. Pero, si él fuera del gobierno, expulsaría a todos los frailes y monjas, porque son como las <sup>serna</sup> ~~sernas~~, que viven mejor cuanto más débil se encuentra el que la padece". Quien así habla es un zapatero. No se trata, solo, de que el tío de Manuel haya especulado, solo, de una forma abstracta. Se trata de que, en la única especulación que de él Baroja nos ha dado, no ha mostrado, tal tío de Manuel, ningún interés por lo que muy agudamente le rodea, por lo que, de forma muy concreta y diaria, le ciñe y le limita.

Conviene insistir en que la única vez que ha aparecido entre los barriobajeros un espíritu polémico, a tal espíritu polémico se le ha ocupado en especulaciones completamente alejadas de la realidad presente e inmediata, de la realidad socio-económico-profesional-familiar. Baroja ha hecho que la especulación política del tío de Manuel se ejerza sobre la patria y la religión o, lo que es lo mismo, lo que determine, en primer lugar, su especulación política, no serán las condiciones presentes, en que su vida se desarrolla, condiciones, que, en una situación normal, deberían haber teñido el matiz de las especulaciones, de quien, entre estos seres, estuviera capacitado para especular. Pero es que, además, y en segundo lugar, este regenerador, como Baroja lo ha llamado, no siente ningún interés subjetivo, a lo largo de su especulación, por regenerar su cuadro externo de circunstancias, tan objetiva y subjetivamente urgido de regeneraciones, y se convierte, como Baroja mismo le dice, en un ejemplo más, no tipificado, por lo tanto, por sus circunstancias, de uno de los muchos regeneradores profesionales. Y no es, solo, que no se ocupe de lo inmediato, sino que los objetos de su especulación no devienen algo minimamente contaminado, impregnado, referido o visto a través de sus propias circunstancias.

4º OPERABILIDAD NECESARIA DE LAS BUENAS CUALIDADES Y DEL TRABAJO.- Hemos visto en que consiste la inteligencia política del tío Manuel, único tipo polémico, junto con su hijo, del Corralón. Veamos, ahora, algo sobre la inteligencia práctica. La inteligencia puede, para Baroja, tener una dimensión práctica, y, entonces, aparecerán otros hombres más o menos positivos, pero en función, solo, de la posesión de tal inteligencia. Tales seres se limitarían, para Baroja, a ejercitar, mecánicamente, una inteligencia práctica. Es el caso de los Rebolledo, hombres de entre los más inteligentes de estos barrios extremos, que, incluso, se hacen inventores. En la pag. 110 (26-1) de La Busca, se lee que: "Rebolledo padre había construido para su uso personal, una dentadura postiza" y también que: "el mayor placer de su hijo era sentarse con él, entre máquinas de reloj, viejos manojos de llaves, y pensar y cabilar las aplicaciones de un cristal de gafas o de un braguero...", pag. 112 (II-19) de La Busca. Tales cualidades, lo que las hace positivas, es el hecho de ejercitarse, de una forma inmediata y a través de sus objetivos más restringidos, más personales y más limitados. Naturalmente, a la inteligencia práctica le asigna, también, un papel diferenciador, y, de nuevo, el hombre que posee tal cualidad se transforma en un ser absolutamente separado del cuadro general de negativas realidades subjetivas, y, ello, porque los apabullantes y comunes entornos objetivos no tienen, para Baroja, un carácter unificador. Por eso, en lugar de ver las analogías que entre los barriobajeros existen, en función de su común circunstancia objetiva, al mirar subjetivamente no ve más que diferencias entre capacidades e incapacitados.

En función de la teoría, según la cual las limitaciones proceden de una suerte de comportamiento personal, y en función de la teoría, según la cual, el comportamiento depende, solamente, de las cualidades personales y no de las circunstancias externas estructurales, nos podemos explicar el ascenso de condición en la vida de los Rebolledo. Lo positivo no es, solo, pues, para Baroja, la cualidad; es también el trabajo, el comportamiento. El hombre mañoso y trabajador tiene asegurado, para Baroja, y por el solo hecho de serlo y sea cual sea su origen social y su circunstancia externa, el porvenir. Por otra parte, las categorías subjetivas y objetivas "cualidad y trabajo"

quedan reducidas, en él, a una situación abstracta, puesto que no están conectadas, en absoluto, bien en su posibilidad, en su matización concreta o en su orientación, con la realidad externa objetiva. La condición de la eficacia es el trabajo, pero la única condición del trabajo es un subjetivismo positivo, y, más concretamente, una cualidad concreta de tipo subjetivo: la del espíritu trabajador. Los que lo poseen pueden progresar a través de su objetivización en el trabajo. Los que no, no pueden progresar. Pero la posibilidad de esa eficacia y de esa actividad eficaz, siguen sin estar condicionadas o matizadas desde fuera. En efecto, el Aristón, Perico Rebolledo y su padre, todos ellos poseedores de un espíritu trabajador, llegarán a progresar, de una forma muy substancial, en la vida; darán un gran salto económico. Un hombre de izquierdas no negaría, nunca, una pequeña posibilidad a tal progreso. Negaría su formulación, porque, de tal progreso, están ausentes el grupo de dificultades objetivas que deberían haberle acompañado; ausencia que nos priva de los elementos necesarios para comprender el sentido y las dificultades de tal progreso, no solo vinculados a una capacidad natural inmanente. Parece, en efecto, como si, para Baroja, en la posibilidad de progreso del barriobajero, hubiera un integrante subjetivo de necesaria operabilidad: mayor capacidad, mayor inteligencia práctica, mayor predisposición natural, mayor espíritu laborioso, y, ello, es grave, porque prueba como, para Baroja, son, solamente, elementos subjetivos los que explican la historia de cada hombre en concreto. Todo ello se ve y se comprueba de una forma práctica, en la pag. 285 (25-1) de M. H., donde se lee que: "el Arista corría medio Madrid llevando papel de un puesto a otro, y había substituido al Ariston en su cargo de comparsa. Por la mañana repartía periódicos, repartía entregas, repartía prospectos; por la tarde pegaba anuncios y, por la noche, iba al teatro. Tenía una actividad extraordinaria, no paraba nunca. Organizaba funciones de baile. Representaba los domingos con una compañía de aficionados". Se trata de demostrar la eficacia del trabajo. Porque es en este sentido; es decir, en el sentido de que hay que partir, como dato necesario y único, de su capacidad de trabajo, como nos explicaremos el progreso económico del Aristas. De los demás miembros de la pequeña isla de seres subjetivamente capacitados, no se nos dará, de una forma explícita, su afición al trabajo; solo su posición actual, próspera y cómoda que marca un gigantesco despegue respecto a la que en el

Corralón llevaban. Así, se nos dice del Aristón, que estaba de ajustador en una fábrica y que ganaba un buen sueldo, pag. 286 (6-7) de M. H.; de Perico Rebolledo, que ha montado su propio taller, y de Perico Rebolledo y de su padre, en la pag. 44 (6-4) de Aurora Roja, que: "se encontraban los dos en auge; el barbero (barbero durante el tiempo en que vivió en el Corralón) se había transformado en peluquero. Perico Rebolledo ~~el~~ hijo, estaba hecho un hombre; después de pasar tres años con un ingeniero electricista, había aprendido un gran número de cosas". No conviene olvidar que quien se constituye en el símbolo máximo del progreso, progreso que ha adquirido la forma no solo de una situación próspera, es la Salvadora, símbolo del trabajo y, en función del progreso que la llega, de la eficacia necesaria del trabajo. La Salvadora pasará en efecto, de un ser escrupuloso y hambriento a hermosa propietaria de una, aunque modesta, tienda de niños.

Pero sigamos poniendo ejemplos, ahora presisamente sobre la misma Salvadora. En la misma pag. 158 (5-14) de M. H. se lee que: "tenía la Salvadora un genio hurafío y despótico; afición a barrer, a limpiar, fregar, sacudir; gustaba ordenar y disponer todo". Y en la pag. 43 (28-29) de A. R., dice de ella Manuel: "ella, como es tan decidida, cree que todo se puede conseguir con voluntad y paciencia". Es decir, por una parte y en primer lugar, irrelevancia implícita de las dificultades objetivas que, necesariamente, en función de su pobreza extrema, de su ínfima condición social; de su falta absoluta de recursos, le deberían haber salido al paso. Acumulación, en segundo lugar, de buenas cualidades subjetivas, cualidades subjetivas puras e innatas con las que ha nacido; operabilidad única en tercer lugar, de las cualidades subjetivas y no de las condiciones objetivas: su tesón, su voluntad, su paciencia, su espíritu organizador, su capacidad de trabajo. Próspera situación económica actual, en último lugar, de la Salvadora explicada y hecha necesaria por sus buenas cualidades y su objetivización en el trabajo.

Como la perspectiva que, sobre los hombres de los suburbios, arrojaba Baroja, consistía en no ver más que su situación, positiva o negativa, de tipo subjetivo, más allá de sus condicionantes reales, de tipo externo, y, como una de las taras, de las deficien-

cias que les asignaba, quedaba identificada, de una forma pura, a la indolencia, el no indolente, el trabajador en general y la Salvadora en particular, quedarán exentos de la tara puramente subjetiva que a los indolentes asigna y, en su función, y como si no tuvieran que sufrir los mismos inconvenientes que proceden de las dificultades externas de tipo estructural, salvados.

Nos damos cuenta de que Baroja ha hecho de la categoría objetiva "trabajo"; de que la ha reducido, de una parte, a una categoría subjetiva más, al alejarse, en su perspectiva sobre el mismo, de todo condicionante externo. Nos damos cuenta, por otra parte, de que ha hecho de tal categoría algo necesariamente operativo, y, así, el trabajo será necesariamente positivo: asegurará la comodidad y bienestar material, y el trabajador, no importa cual, se transformará, por el solo hecho de serlo, en un ser comodamente instalado en la vida. "Tienes una bonita casa, una bonita mesa redonda y un aparador lleno de botellas . . .", se lee en la página 48 (5-7) de A. R., que Juan dice a Manuel, y en la pag. 61(5-7) de A. R., se lee que: "En el ~~corral~~ de la casa de Manuel había gallinas y un gallo".

Conviene hacer una observación muy importante. Estos seres no son unos, entre otros muchos, poseyendo un subjetivismo más perfeccionado. Son, por el contrario, los únicos entre todos los hombres del Corralón, aparte Vidal, que, también, aunque por el camino de la golfería, alcanza una cierta prosperidad económica. Su historia no será, pues, la de un progreso económico, explicado por las puras capacidades, en contraste con el fracaso y estancamiento de otros seres, en posesión de las mismas cualidades. Su historia será, por el contrario, la del progreso necesario de los seres en que se encarna una capacidad positiva, prescindiendo de toda alusión, a los reales condicionamientos objetivos. En este sentido, la desgracia de Vidal, otro de los seres capacitados del Corralón, le viene por haber sido excesivamente ambicioso, es decir, por una modalidad negativa de subjetivismo y no por nada objetivo. Vidal, en función de su ambición, escogerá un camino no honrado y acabará pereciendo, tras una breve etapa de fácil prosperidad. Es claro como Baroja indica soluciones: el trabajo es lo seguro. No solo propon

solo proporciona bienestar, sino que es, además, el camino de la plenitud y de la vida. La otra vía: el camino no recto, conduce a la muerte, primero a Vidal y luego al vizco.

La posibilidad de trabajar parece estar conectada, solamente, con una determinada y previa entidad subjetiva. Y así, si Vidal no ha optado por el camino del trabajo, ha sido porque, previamente, la nota determinante de su subjetivismo quedaba identificada a su ambición. Y en este sentido, decíamos antes que el trabajo era vaciado, en su entidad, de todo contenido objetivo. Pero, ahora, vamos a ver el trabajo no es solo útil económicamente, sino también fuente de un cierto tipo de plenitudes subjetivas. Veremos a través de ejemplos concretos, como el trabajo supone, también, la conquista de una cierta plenitud y de una cierta armonía espiritual. Y así, en la pag. 45 (10-15) de A. R. se lee que: "Manuel hablaba de la imprenta, de la lucha de los obreros; y el Jorobado jugaba al tute con la Ignacia o dejaba volar la imaginación". Otra vez, se nos dice que: "respiraba aquello (el taller) tranquilidad y trabajo; había dos máquinas de coser nuevas; un armario de pino, sillas y macetas en la ventana", pag. 284 (21-24) de M. H. Y, otra vez, en la pag. 68 (2-4) de A. R. y referido al mismo taller, que: "en el comedor, a la luz de la lámpara, cosía la Ignacia, y la Salvadora cortaba unos patrones. Había allí un ambiente puro de pureza". La eficacia moral, toda la plenitud subjetiva y toda la armonía colectiva, que Baroja supone que el trabajo produce, queda, pues, confirmada a través de su máximo símbolo: la Salvadora.

Es claro que Baroja, aconsejando el trabajo y solo el trabajo y solo el trabajo, no se ha limitado a pronunciarse contra la golfería. Ha señalado un camino que supone la exclusión, como luego veremos, tanto de la solución revolucionaria como de la solución reformista; la exclusión del caminó, que pasa por una toma de conciencia sobre unas situaciones objetivas y por la necesidad de transformar aquellas, dada la eficacia de unas posturas, definidas por la rentabilidad económica y espiritual del trabajo. Lo único que habría que revolucionar, y dadas las deficiencias subjetivas como lo únicamente culpable, serían los espíritus de tales barriobajeros. Pero hay, además, que hacer otra observación: la Salvadora acaba transformando-

se en propietaria, lo mismo que Manuel y el Aristas. Todo ello es congruente, puesto que la liberación, que Baroja propugna, concierne a cada persona de una forma individual. De ahí, que lo que, objetivamente, permite, para Baroja, el máximo tipo de liberación, sea la posesión individual de unos medios de trabajo, posesión que queda definida, en él, como la forma más sublimada y perfecta de liberación. Si la plenitud máxima a alcanzar, en general, es la que se obtiene a través de la posesión individual de unos medios de producción, podría adquirir, quizás, una luz nueva, el hecho de que Baroja no vea, en los hombres de los suburbios, más que diferencias cualitativas de tipo subjetivo. Si la plenitud máxima a alcanzar es individual, ninguna misión tiene la conciencia. Si de lo que se trata, es de prosperar individualmente, para nada tendrá, el hombre barriobajero inteligente, que lanzarse al descubrimiento de la realidad económica y social que tiene ante los ojos.

La peculiaridad mental política no consistirá, para Baroja, en una peculiaridad capaz de percibir las deficiencias estructurales o sus causas. Lo que hará positiva a la actividad mental política será, por el contrario, una capacidad de especulación que, por un lado, no se objetiva, pero que, por otro, se da como tema apropiado los evasivos y, en absoluto conectados con la realidad externa concreta, Dios y Patria. Por eso, la mirada menospreciativa, que Baroja arroja sobre la madre del tío de Manuel, será, en función de que aquello en lo que, para ella, la política consiste, es nada más que la relación personal de ella misma (es decir, de tal madre de tal tío de Manuel) con los problemas cotidianos que la rodean; tal mujer, en efecto, ve la política a través de las actitudes que, respecto de ella, puedan tener los guardias municipales. "La abuela" está, efectivamente, muy lejos de los grandes temas de Patria y de Religión, y su fallo estriba, según Baroja, más que en una asociación equivocada a su problema diario, en la limitada identificación que establece entre esos mismos problemas diarios y la política. Contrariamente, Baroja no adopta una posición crítica ante el tío de Manuel, inhibición tanto más significativa, si se tiene en cuenta que el tío de Manuel es "el único modelo," junto con su hijo del Corralón. Baroja no critica tal ceguera, no se plantea po-



lemicamēte ante este zapatero que, teniendo próximos tan acuciantes problemas, se dedica a divagar sobre la patria, la religión, la soberanía nacional o la gloriosa. Por el contrario, lo que hace Baroja, es aprobar tal perspectiva política y tales temas, y, si iróniza, es porque el tío de Manuel se cree un regeneracionista, y no por la índole de los temas escogidos ni por la exclusión, que el zapatero ha realizado, de su realidad externa.

Ahora nos explicamos el que las dos posibilidades, la dualidad a que Manuel, héroe de nuestra novela, queda referido en la primera fase de su vida, no sean las de la "toma de conciencia" o "la ceguera", sino las de la golfería o del trabajo; si, aquello a lo que se le refiere, es a dos cualidades antagónicas, pero igualmente abstractas e innatas: la del "primitivismo-ambición exagerada" que simbolizan el Bizco y Vidal, de una parte, y la de la "inteligencia práctica, el espíritu laborioso y la maña" que simbolizan los hermanos Aristas, por la otra, ello será, también, en función de que, siendo exclusivamente individual la posibilidad de liberación que se asigna al hombre, han de ser solamente sus contenidos individuales los que interesen.

Y, sin embargo, Baroja ha dado dos tipificaciones del trabajo que le deberían haber bastado para ver; para teorizar no sólo sobre las discutibles plenitudes necesarias, de tipo espiritual y económico, que el trabajador alcanza, sino sobre la necesaria relación de dependencia, que, entre trabajador y trabajo, así descrito, debería producirse. Preguntemonos: ¿como es, primero, el trabajo en concreto, ese trabajo tan operativo y eficaz en abstracto?, ¿lo ha conformado como uno de los determinantes del hombre?. Y, más concretamente aun ¿como determina el trabajo al obrero, puesto que de un ser que se ha convertido en obrero se trata, ahora: Manuel?. Pero volvamos a la primera interrogante: ¿como es en concreto ese trabajo?. Es Baroja mismo quien nos lo dice en la pag. 185 (18-4) de *La Busca*, en donde se lee que: "en la tahona para comenzar el aprendizaje, le pusieron en el horno a ayudar al oficial de pala. El trabajo era superior a sus fuerzas. Se tenía que levantar a las once de la noche y comenzaba por limpiar con una raedera unas latas de hierro en donde se cocían los bollos pasandolos, después de

frotados, con una brocha huntada de manteca derretida; hecho esto, ayudaba al oficial de pala a sacar las brazas del horno con un hierro; luego, mientras el horno cocía, iba cogiendo tablas pesadas cargadas de panecillos, y las llevaba del amasadero a la boca del horno; y, cuando el oficial metía los panecillos dentro, volvía Manuel con las tablas al amasadero; a medida que el pán salía del horno, lo mojaba con un cepillo empapado en agua, para dar brillo a la corteza. A las once del trabajo se concluía el trabajo, y, en los intervalos del trabajo, Manuel y los trabajadores dormían". Un trabajo que acabará por llevar a Manuel a la extenuación, primero, y a la enfermedad, después. Además, y subsidiariamente, en la pag. 186(6-10) se lee que: " la tahona ocupaba un sótano oscuro, triste, sucio. Solo le llegaba del exterior una luz turbia y amarillenta. En la ventana al exterior, polvo y telarañas. A todas horas se trabajaba con gas ". No solo va a ser la dureza del trabajo; otros elementos circundantes : la luz, la estrechez, la suciedad, la lóbreguez agravarán las notas negativas del mismo. En otra referencia al trabajo, pag. 187(16-22) se nos dice que: " la vida era antipática y molesta; el trabajo abrumador y el jornal pequeño: siete reales al día. Manuel, no acostumbrado a sufrir el calor del horno, se mareaba, se le quemaban los dedos. Sentía repugnancia al verselos impregnados de grasa y de hollín ". Igualmente, en la pag. 119(29-2) de M. H., se lee que: " el amo dispuso que Manuel trabajase, por la mañana, en las cajas y, por la tarde y parte de la noche, en la maquinaria, y le asignó un jornal de siete reales al día. Por la tarde se podía aguantar el trabajo en el sótano. Por la noche imposible. Entre el motor de gas y los quinqués de petróleo quedaba la atmósfera asfisiante ". Pesimas condiciones de higiene, sueldo bajo, explotación, extenuación. Las primeras referencias pertenecen a la adolescencia de Manuel; la última a su hombría.

5º VISION SUBJETIVA, METAFISICA Y TRASCENDENTE DEL TRABAJO.- Veiamos como el trabajo, según Baroja, proporcionaba prosperidad y plenitud. Pero las características que, cuando de una forma concreta, se refiere al trabajo, nos da de él, no son las más propias para producir tales resultados. Por una parte, Baroja define los integrantes del trabajo como negativos (los integrantes del trabajo " concreto", claro). Por otra, da la plenitud y la prosperidad del trabajador. Pero ¿ como un tal trabajo, dotado de unas tales característi-

cas concretas negativas, puede ser origen de plenitudes y como sus características concretas pueden dejar de operar ?.

La última referencia al trabajo correspondía al Manuel hombre. Pues bien, si antes, en la versión, que del trabajo que padecía el Manuel adolescente( trabajo que no se encuentra comprendido en ninguna de nuestras dos referencias y que expresa la etapa de zapatero de Manuel), este trabajo se nos daba como no condicionante, ahora Baroja llega más lejos. El problema máximo a superar por el Manuel niño, en su primera etapa de zapatero del Corralón, respecto del trabajo, procedía de un intrínseco propio de toda clase de trabajo: la monotonía y la sujeción que el trabajo impone. Entonces, tal versión del trabajo era aceptable, toda vez que el Manuel niño no era un asalariado, sino que trabajaba en cuanto miembro de una familia. Pero, en esta nueva etapa de trabajador, ni Manuel ni su amigo Juan se sienten tocados o concernidos por los aspectos negativos, de tipo material, de su trabajo; aspectos que, no obstante, Baroja da profusamente, como antes hemos dejado reseñado: explotación del trabajador; es decir poco salario y mucho trabajo; extenuación, malas condiciones higienicas. En efecto, lo que les concierne, tanto a Manuel como a su ~~hermano~~ amigo, son los mismos integrantes trascendentes y metafísicos que, ya al Manuel niño concernían, con lo cual, la significación del trabajo no ha sufrido ningún cambio, a pesar de las nuevas dimensiones del mismo y de la transformación cualitativa de Manuel, consistente en su paso de trabajador, en cuanto miembro de familia, a trabajador asalariado a las ordenes de un patrón. Es por la monotonía y por la igualdad del trabajo, por lo que Manuel y su amigo Juan se sienten, solamente, concernidos, y es contra tales componentes, a pesar de lo evidente y de lo intenso de la explotación, contra lo que se revelan. Junto a tal negatividad, metafísica e inmanente, y, por lo tanto, inevitable, del trabajo, una negatividad no necesaria del trabajador y, por lo tanto superable: su afición a beber, o un integrante más positivo, su deseo de viajar, nos explicarían, también, según Baroja, la revelación de Juan y Manuel respecto de su trabajo.

El trabajo quedaría, pues, identificado a algo capaz, antes o

después, de producir buenos resultados económicos y morales, y su única negatividad la constituiría una peculiaridad necesaria e inevitable, de una parte, metafísica, de la otra: su monotonía.

Hemos llegado, aunque por una vía distinta a ~~la misma distinta~~, a la misma solución de antes: la solución no estará en una reforma radical del sentido del trabajo, ya que ~~esa~~ <sup>su</sup> sentido último ~~según~~ <sup>según</sup> Baroja; es decir, la monotonía y la sujeción son permanentes; la solución estará en la transformación subjetiva del trabajador. Y es bueno ver, como Baroja nos ofrece soluciones, cuando nos ofrece trabajadores entusiastas; es bueno ver como, entonces, nos ofrece plenitudes, y, como el símbolo máximo del trabajo, equivale a la máxima plenitud: la Salvadora.

subje La salvación de Manuel dependerá, solo, de su variación subjetiva y, más concretamente y en cuanto trabajador, de su variación subjetiva respecto del trabajo. Porque el peligro le viene al trabajador en general, y, en concreto, a Manuel, en cuanto trabajador, lo cual está de acuerdo con la perspectiva puramente subjetiva que Baroja ha arrojado sobre individuos, clases, trabajo, y que, más adelante, arrojará sobre la historia, de su constitución subjetiva. El peligro básico, con el que el Manuel trabajador debe enfrentarse, no es de tipo estructural, por una parte; tampoco le procede, ahora claramente expuesto, lo cual nos explica la inoperabilidad de las situaciones objetivas, por dramáticas que estas sean, de las condiciones concretas de su trabajo; es decir, de su condición de asalariado explotado y extenuado.

En general, el peligro, con el que Manuel debe enfrentarse, como ya Roberto nos hacía ver, y al cual debe vencer, es el de su propia constitución subjetiva. Solamente, según Baroja, de esta deficiente constitución, le podrán venir y solamente ella podrá explicar sobre todo, las situaciones peligrosas, en que Manuel se encuentre, durante cualquiera de las fases de su vida. Se lee en la pag. 24 (6-12) de M. H., que: "yo (es decir, Manuel) ya se que no tengo arranque. Pero su consejo (refiriéndose al que Roberto viene de darle) es una tontería al menos para mí. Ud. me dice: ten voluntad. Pero ¿si no la tengo?. Hazla. Es como si me dijese que

tuviera un palmo más de estatura" otra vez, en A. R. se lee en la pag. 63 (31-4): "me fastidia el centro de Madrid, dice Manuel a su hermano. Casi le tengo miedo porque soy un hombre que no tengo energía y hago lo que los demás hacen". Tendencias innatas: falta de energía, falta de voluntad, es lo que Manuel debe corregir: todos los movimientos de Manuel deberían ser explicados en función de elementos subjetivos inmanentes, ampliamente ilustrados. Así, su habituación a los golfos, a los chulos elegantes, a la vida extrasocial. Los peligros concretos, que a Manuel le vengan, le vendrán, entre otras deficiencias subjetivas, de su falta de personalidad; su solución, en cuanto hombre y en cuanto trabajador, no exigirá un cambio estructural o de unas condiciones de trabajo; no la modificación de unos entornos objetivos; exigirá un cambio, una pura transformación subjetiva, no hecha depender de nada externo a tal transformación subjetiva.

Frente a la resurrección que en Manuel se ha operado, debido a una mujer y que se manifiesta, y que se manifiesta en la aceptación plena del mundo del trabajo, y en la superación de los peligros subjetivos que le rodean, tales como su afición a beber o a llevar una vida bohemia; tales como su debilidad o su falta de personalidad; frente a tal resurrección, su anterior vida de golfo postinosa, hecha de repugnancia y de deseos insatisfechos, y cuya peligrosidad queda patente con la muerte de Vidal y del vizco, símbolos de tal vida frente a la prosperidad de los hombres que representan el mundo del trabajo.

Identificando al mundo de la golfería con la elección voluntaria de la misma, elección no urgida por razones estructurales, sino por deficiencias personales, Baroja ha cometido, lo que creemos que es una mixtificación. Pero es que, además, la vida del golfo ejerce sobre Manuel una atracción por sí misma, análoga a la atracción que, por sí misma, ejercía antes sobre Vidal, y que sirve, también, para probar como no eran condiciones socio-económicas las que habían llevado a Manuel a tal vida. La moraleja es clara: Manuel, por el solo hecho de identificarse con su trabajo y, por lo tanto, de hacerse un trabajador consciente, puesto que la "conciencia" sería, para Baroja, solamente una identificación con el trabajo, se

se convertirá en un hombre, más o menos pleno, y provisto de una suficiente estatus económico; acabará casandose. El trabajo, queda claro, una vez más, como es una solución absoluta, en función de la positividad necesaria que Baroja le asigna por lo frutos económicos <sup>que</sup> ~~es~~ necesariamente, según Baroja, produce y por las ventajas morales que al trabajador procura 6º PraxiS DE TRABAJO Y TEMAS EVASIVOS COMO OFRECIMIENTO AL BARRIOBAJERO, - Veamos, ahora, cual es el camino que Baroja ha ofrecido a los hombres del suburbio. En primer lugar, los temas que Baroja está ofreciendo, como aptos para su especulación, a estos seres provistos de un tal cúmulo de agudisimos y negativos entornos, están siendo dos temas, en cuya formulación se elude, además, todo relativizante capaz de matizarlos. Esos dos temas son la Patria y la Religión y adquieren, en las palabras del tío Manuel, una valoración y una formulación absolutas y abstractas; evasivas, por lo tanto. Baroja, por el contrario, son ejemplos de especulación abstracta, de maña esforzada o de espíritu trabajador, lo que ofrece, sin plantearse ante los problemas de tipo estructural, que no pueden ser resueltos a través de un tal tipo de cualidades personales. No son, por lo tanto, ejemplos de conciencia; no son hombres en los que se encarnan una toma de conciencia, lo que Baroja esta ofreciendo.

En segundo lugar, la actividad concreta, la "práctica" que Baroja ha señalado al desgraciado arrabalero marcado desde la cuna, no ha sido la de la golfería; ha sido la del trabajo. El trabajo, convertido por Baroja en algo absolutamente operativo y eficaz, es el arma que ofrece a este género de desgraciados. "apartaos de la mala senda de la golfería, que, además, no conduce a ningún sitio. Incorporaros a la senda del trabajo que lleva, necesariamente, adelante", parece como si les dijera moralistamente. Pero al hacer del trabajo; es decir, de una categoría en parte objetiva, que depende de unos externos concretos, de una efectiva oferta de trabajo, por otra parte, una categoría solamente subjetiva, todo su idealismo se convierte en conservadurismo, propio del hombre conformista que Baroja llevaba dentro. Pero es que, por otra parte, tras el trabajo y la supuesta eficacia absoluta del mismo, se encuentran una serie de condicionantes objetivos y colectivos, que no es con el trabajo sino con su esfuerzo político, con lo que el trabajador puede modificar. No se trataría para un intelectual de izquierdas, en efecto y más aun si tenemos en cuenta la época concreta en que transcurre la novela: comienzos del siglo XX, de que haya dos caminos, uno de los

cuales, el del trabajo, conduce a la prosperidad y otro, el de la golferia, a la ruina y a la muerte; se trataría de que, por debajo de golfos y trabajadores, hay unas estructuras sociales injustas, cuyo doblote, cuya solución, está en su transformación en justas.

GRUPO DE LA PEQUEÑA BURGUESÍA: AUSENCIA DE UN ESTUDIO EN PROFUNDIDAD DE TAL GRUPO SOCIAL.- Dice la Leandra, mujer del tío zapatero de Manuel: "bastante se gana con ser honrá; miseria y hambre. . . si no se casara una, podría una alternar y hasta tenerndinero. Pues no se como replicó su hermana ¿como?. Aunque fuera haciendo la carrera". Podríamos haber pensado que Baroja utilizaba este personaje (a pesar de que se encuentra muy distanciado de las referencias a las prostitutas y a pesar de la brevedad de la cita) para aludir, en parte, al cuadro económico a que la honradez equivalía en las mujeres de este grupo social, constituido por los barrios bajos y, por lo tanto, al motivo que las impulsa a dejar de ser honradas y a convertirse en prostitutas. Podríamos haber pensado que es, en función de esa pobreza y de esa miseria (hechas depender por la Leandra de la honradez) en función de lo que Baroja quería, en parte, haber dado la calidad de prostitutas de tantas mujeres a que antes se ha referido. Pero nada más alejado de su intención; por una parte, la Leandro no solo odia a la pobreza y a la miseria, sino también, al no poder alternar, al no tener dinero y, ello, en cuanto lo uno y lo otro, expresan un deseo insatisfecho de tener relaciones con gentes de una categoría más elevada, y, en cuanto expresan, también, una determinada dosis de ambición. Su irrealización es, básicamente, la de su ambición, y "la miseria y la pobreza" no son, en sus labios hechos literales sino apreciaciones más o menos subjetivas, no completamente reales, sobre su vida, alejada de esa miseria y de esa pobreza absoluta, toda vez que, en contra de lo que pasa con las otras familias del Corralón, en su casa se come todos los días y su marido tiene un trabajo fijo. Contrariamente, la miseria y la pobreza de las prostitutas si era un hecho real. Pero si la Leandra de una parte, lo que fundamentalmente había deseado, habría, sido satisfacer su ambición, con lo cual, ya que no a un símbolo y a una explicación de la prostitución, Baroja podía haber-nos abierto a otra frustración, que analizamos a continuación; si, por lo tanto, su fugaz alusión a las ventajas de la prostitución, se realiza en función de unos motivos muy diferentes a los de la

mayoría de las mujeres , en que tales pobreza y miserias, reales y agudísimas, tendrían que ser lo básicamente determinante y definitivo, por otra parte, Baroja ha reducido el caso de la Leandra, al de una simple paradoja respecto de los caracteres que asume el problema de su hermana. Algunas páginas más adelante se lee, en efecto, pag. 74(6-I2) de La Busca, que : " y lo que son las cosas. La Leandra, a pesar de su abandono, de su humor agrio y de su afición al aguardiente, estaba casada con un hombre trabajador y bueno y, en cambio, la Salomé, dotada de excelentes condiciones de laboriosidad e ingenio, había acabado amontonándose con un gachó entre estafador y descuidero y matón, del cual tenía dos hijos ". Está claro que lo que Baroja ha visto en este caso de frustración, básicamente social; en este caso de ambición social insatisfecha, en este caso de deseos de alternar no realizados, ha sido un caso de paradoja, debida al azar :el que una mujer abandonada, borracha e irascible, se case con un hombre bueno y trabajador y, en cambio, su hermana, laboriosa e ingeniosa, se case con un ladrón que es, además, estafador y matón. La tragedia de la Leandra no ha conducido a un análisis, en profundidad, de la tragedia de la pequeño-burguesa frustrada, análisis que, en absoluto, ha intentado Baroja.

La Leandra nos abre a la Milagros, cuya ambición, de tipo, también, pequeño-burgués ; de tipo social, por lo tanto, a pesar del mismo Baroja, queda reducida en Baroja a un carácter más o menos congénito, más o menos puramente psicológico y subjetivo. La referencia a la ambición de Milagros será, en efecto, una referencia exclusivamente subjetiva, una vez más no dada como ambición social.

Se lee en la pag. 91(I4-I7) que : " Milagros no se entendía con Leandro porque era " un poco entonada y ambiciosa ", se consideraba como venida a menos y Leandro tenía un " genio brusco e irascible " ". Pero esa ambición no es explicada, en primer lugar, desde fuera de ella misma y, en segundo lugar, Leandro, su novio, equivale, para Milagros, solo a una integridad puramente subjetiva y personal y no, en ningún momento, a un símbolo más o menos matizado socialmente. Por otra parte, las tablas de comparación de las peculiaridades subjetivas de la Milagros, las constituirán otros caracteres, propios o ajenos, pero igualmente subjetivos. Es bueno ver



como la peculiaridad subjetiva de Milagros encuentra, por lo tanto, su explicación a través de su relación con otras cualidades subjetivas y no con sus condicionamientos socio-económicos.

Las contradicciones que, dentro de Milagros se producen, serán solamente, de tipo sentimental, pero, además, vendrán dadas, solamente, en función de esos sentimientos ; serán contradicciones entre su odio y su amor, de las que están ausentes su ambición y a las que no se incorporarán, en absoluto, elementos de la realidad, como, por ejemplo, los condicionantes externos más generales : la significación socio-económica de Leandro y las presiones familiares, que debían haber determinado, en función de la calidad pequeño-burguesa de sus padres, la actitud general de Milagros hacia Leandro. Es su amor, luchando contra su odio, devenidos, ambos, elementos puros y no condicionados desde fuera, no puestos en contacto con las posibles frustraciones económicas de Milagros, con sus ambiciones, con sus deseos de emerger. Pero es que, por otra parte, tal relación sentimental tiene un final trágico. Un hombre de izquierdas se habría preguntado por la parte de culpa que, en este final , incumben a las estructuras; por la cantidad de responsabilidad que incumbe a las estructuras; por la cantidad de responsabilidad que incumbe a las frustraciones sociales, por la influencia que, sobre la realidad sentimental de Leandro y Milagros, han tenido las tendencias pequeño-burguesas de la Leandra y de su familia. Pues bien, si para Baroja el proceso sentimental de la Leandra se explica por sus solos sentimientos, ahora más que inmanentes, abstractos, ya que el odio o el amor hacia Leandro no es nada con lo que se ha nacido, estos sentimientos abstractos serán, también, los únicos responsables del trágico desenlace de esta desgraciada relación amorosa : asesinato de Milagros por Leandro y suicidio de éste; y, ello , insistimos, únicamente, por culpa de una pura contradicción de sentimientos, no condicionados, matizados o explicados desde fuera. Antes se leía que : " Milagros había llegado a un estado especial, mezcla de cariño y odio, en el cual el cariño quedaba dentro, y el odio fueran, manifestandose en una crueldad sañuda , en la satisfacción de mortificar constantemente a su novio." .El único gran culpable han sido los sentimientos; la antítesis pura de tales sentimientos; el absurdo de los mismos; una especie de sino trágico,

si se quiere, que releva a todo lo estérno de culpa, y que impide, a pesar de que Milagros quería a Leandro, un desenlace normal a su amor. Se lee en la pag. 177(30-9) que : " al quitarsele el corsé a Milagros para apreciar la herida, se encontró un medallón chiquito con un retrato de Leandro. Muchas veces había pensado Manuel que la Milagros quería a Leandro. Aquello casi lo confirmaba ".

Tampoco los significados socio-económicos propios de Leandro, influyen en el tipo de presión que su familia ejerce sobre Milagros. La oposición de la madre de Milagros se explica, solamente, en función de los contenidos subjetivos e individuales de Leandro, su novio, en función de su "exceso de valor".

Respecto al " Lechuguino ", rival de Leandro y Hombre rico, lo que se considera determinante de él es su calidad de bailarín y no sus contenidos sociales.

Si a los personajes positivos individualmente los proveía de un futuro luminoso, posible y asequible en función de esa positividad individual, veremos que es lo que pasa con Leandro, cuya positividad, más auténtica y más profunda , no la determina el hecho de su anticlericalismo. En la pag. 69(10-19) de La Busca se lee : " terció la vieja en la conversación y como, para ella, vendedora de verduras, la política era principalmente, cuestión entre verduleras y guardias municipales, habló de un motín en que las amables damas del mercado de la Cebada dispararon sus hortalizas a unos amables guindillas, defensores de un contratista del mercado. Las verduleras querían asociarse y , después, poner la ley y fijar los precios, y eso a ella no le parecía bien, porque qué moler ¿por qué le quieren quitar a una el género si lo quiere vender barato?. Como si a mi se me pone en el moño de darlo todo de balde ". Ha sido Leandro, el que ha intervenido , el que se ha pronunciado, por vez primera, de una forma moral y desde un punto de vista colectivo, al referirse a la abuela y a su problema. La actitud subjetiva de Leandro es, efectivamente, distinta. Pero es que, además, si ha intervenido, ha sido para sancionar la actitud de la abuela en cuanto colectivamente peligrosa. Dice Leandro en la pag. 69(23-2) de La Busca : "pues no

señor; eso no está bien- ¿por que no?- . ¿Por qué no?. Porque los industriales tienen que ayudarse, y si Ud. hace eso, pongo por ejemplo, impide Ud. que otro venda, y por eso se ha inventado el socialismo para favorecer la industria del hombre ". Por rudimentario que sea el concepto que a Leandro le merece el socialismo; por rudimentaria que sea la idea que, sobre él, tenga, no se puede negar el hecho y prescindiendo de su concepto sobre el socialismo, no se puede negar el hecho de que, en él, se produce una cierta apertura a su mundo exterior.

Hay que decir que Leandro, dotado de un cierto grado de conciencia inicial, no ha sido tratado en función del desarrollo futuro de esa su peculiaridad inicial, de tal conciencia embrionaria. No es un desarrollo futuro, lo que de Leandro se nos da : el de esa conciencia sobre lo externo y lo colectivo, contrariamente a lo que con las buenas cualidades en abstracto : limpieza, espíritu inventivo, espíritu laborioso, voluntad, se nos hacía. El desarrollo futuro del hombre, inicialmente dotado de un cierto grado de conciencia embrionaria, no queda determinado por el desarrollo de su actitud ante lo externo. Por el contrario, de las buenas cualidades, encarnadas en el Aristas y en el Aristón, era su efectividad posterior, puramente individual, lo que se nos daba : la instalación cómoda en vida de los que las tenían. Pero ¿cual es la continuación que del hombre, inicialmente consciente, Baroja nos ha dado? .

DISQUISICIONES FILOSÓFICAS: 1º MORAL INDIVIDUAL-EGOISTA; ROBERTO.- Hay, para Baroja, dos tipos de moral: la del hombre egoista y la del hombre generoso. Veamos el desarrollo de la una y de la otra en su encarnación concreta en Roberto y en Juan. Por otra parte, la moral que, tanto al hombre egoista como al hombre generoso, le corresponde es a título de símbolo <sup>individual-moral</sup> y no a título de símbolo social. ¿Cual es la moral de Roberto, del hombre egoista y práctico?. La del hombre, cuyos caminos son, sólo, su propia conveniencia quien se los marca. Es la suya, básicamente, una moral, cuyo objeto es capacitar al hombre, situarlo bien en la lucha por la vida. Sus proyectos, sus ideas, son bien personales; solo afectan a su propia seguridad, a su propia felicidad, felicidad que, hay que añadir, es excluyente respecto de la de los demás. En la pag. 23 (26-29) de M. H. le dice a Manuel : " muevete, actíivate. Ahora la actividad

es para ti un esfuerzo; haz algo; repite lo que hagas, hasta que la actividad sea para ti una costumbre. Convierte tu vida dinámica en vida estática. Quiero decirte que tengas voluntad ". Roberto ha entronizado una moral de la voluntad en abstracto para si mismo; lo que, para él, es importante no puede ser, dadas esas perspectivas individuales, una transformación individual estructural o una crítica sobre lo externo. Se trataría, para Roberto, de que aquello por lo que el hombre debe preocuparse es lo puramente personal e individual, por una parte, por otra parte, de que aquello que capacita individualmente al hombre, es su voluntad como condición primera de la aceleración, puramente individual, de sus energías.

Roberto no será un símbolo social para Baroja sino un símbolo moral. Lo que Roberto expresará, será una pura, y a título personal, actitud ante las cosas. Por otra parte, Roberto, como tantos otros personajes, está expresando alguna parcela de Baroja. Cuando Roberto se aleja de lo colectivo-estructural, por una parte, y, por otra, olvida las condiciones externas de la aparición de los elementos subjetivos, es Baroja quien se está expresando a través de él.

Lo objetivo no será, para Roberto, símbolo de la moral práctica y egoísta, nada estructural. Lo objetivo serán las exigencias biológicas de cada vida personal. Lo ~~es~~ objetivo no lo han constituido un complejo de situaciones exteriores, una situación económica o social, capaces de constituirse, también, en condición para la aparición de la energía individual. Dice Roberto en la pag. 19(3-5\_) de M. H. : " pues hijo, para ~~vá~~ vivir no hay mas remedio. Tienes que buscar, preguntar, correr y algo encontrarás ". En ningún momento ha dejado entrever Roberto una alusión a otro tipo de condicionantes del subjetivismo, de su posibilidad o de su matización, que no sean la objetiva necesidad de supervivencia de los seres o su antagonismo primario respecto de los demás seres.

Resumiendo : Roberto no está por las soluciones universales, tiene presentes las que solo afectan a cada uno individualmente. Cree como salvación individual y como abre-puertas necesario, en

la voluntad, cuya posibilidad no pedende, en último término, más que de elementos subjetivos, por otra parte, y según esta teoría de la voluntad, la culpa de las desgracias de cada individuo son, una vez más, puramente personales. Carguese a su falta de voluntad, y no, ni a los condicionantes que impiden su aparición, ni a las limitaciones a que, por encima de la posesión o de la ausencia de la voluntad, tales condicionantes externos someten a los hombres que los padecen.

LA  
2º MORAL DE ENTREGA: JUAN.- Si la historia personal de Roberto viene dada, solamente, en función de sus intereses, la historia personal de Juan viene dada en función de su generosidad y en función de elementos ideológicos y éticos. Si en función de unos presupuestos ideológicos y morales, y de una actitud subjetiva de generosidad, en función de lo que Juan decide salirse del seminario, puesto que ya no cree, acabarán siendo elementos ideológicos y morales los que hagan olvidarse de sus otras inclinaciones artísticas, hasta el extremo de hacerle convertirse en revolucionario. Su confianza en el obrero la justica el hecho de que, en ellos, cree advertir una superioridad moral. Se lee A. R. pag. 103 (27-30) que: "al retirar su fe en los artistas la puso de lleno en los obreros. El obrero era, para él, un artista con dignidad, sin la egolatría del hombre, ni su envidia".

Lo que acabará, primariamente, distinguiendo a Juan de Roberto será, básicamente, y una vez más, sus recíprocas entidades subjetivas; sus recíprocos subjetivismos que serán la condición de la forma de ver la realidad. Lo que distingue a Juan de Roberto será, decimos, una situaciones subjetivas, y no unas perspectivas filosóficas, aunque, es obvio, entre las perspectivas filosóficas de Juan y de Roberto haya unas diferencias de matiz. La situación subjetiva de Juan queda expresada por su subjetivismo de entrega, que condiciona a su romántica fe en el hombre y al sistema ideológico que expresa tal fe. Y así, leemos en la pag. 219 de A. R. (7-11) que: "Juan no reposaba, contraviniendo al médico. Continuamente estaba leyendo libros anarquistas y escribiendo. Se veía que ya no vivía más que por su idea." Enfrente, Roberto del que se lee en M. H., pag. 155 (14-16) que: "mis dos aspiraciones son hacer fortuna y casarme con una mujer, todo lo demás es para mi una tardanza en conseguir mis

fines. Es mi única fuerza. Tengo anteojeras como los caballos y no me desvío de mi camino". A la afirmación de Manuel 137(26-29) de que: "Ud. ha resuelto ya su problema; tiene el dinero que <sup>quiere</sup> tiene, se ha casado con una mujer preciosa, bonísima", contesta Roberto que aun queda algo por conseguir. Y, adquiriendo la conversación un matiz político, dice Roberto: "si en Inglaterra llego a entrar en la política seré conservador. ¿Qué haría yo en Inglaterra siendo anarquista?. Vivir obscurecido. No, yo no puedo despremiar ninguna ventaja en la lucha por la vida". Es decir, frente a la actitud subjetiva de entrega, propia de Juan; frente a sus supuestos éticos y a su integridad revolucionaria, la situación subjetiva de Roberto es otra, es diferente, y más aún, antagónica. La actitud subjetiva de Roberto queda definida por su egoismo práctico, por su decisión <sup>de escoger, en cada momento,</sup> subjetiva lo que, personalmente, más le convenga. Ésta es la diferencia fundamental. Juan será, subjetivamente, la entrega; Roberto será, subjetivamente, su propio interés, su propio yo.

3º PROXIMIDAD FILOSÓFICA DE LOS SISTEMAS QUE EXPRESAN A LA MORAL DE LA ENTREGA Y A LA MORAL DEL EGOISMO.- Filosóficamente, tanto Roberto como Juan, coinciden en unas perspectivas abstractas, definidas según su falta de relación respecto de unos condicionantes externos.

Si, habría, una diferencia ética, aparte de la puramente subjetiva. En efecto, uno cree, solo, en el individuo, el otro en la colectividad; aquello, en lo que el uno cree, es el progreso de las personales situaciones materiales, mientras que aquello, en lo que el otro cree, es el libre desarrollo <sup>en</sup> de la solidaridad humana. La moral del uno es individualista e interesada, mientras que la del otro es desinteresada y colectiva. Pero, ni las diferencias subjetivas, ni las éticas, originan una auténtica y radical diferenciación filosófica. En efecto, lo que, para Juan, cuenta en el obrero no son niveles objetivos o situaciones estructurales, sino niveles subjetivos, cualidades - propias de <sup>una</sup> la colectividad- pero cualidades subjetivas en suma: dignidad y ausencia de egolatría.

Juan, filosóficamente, sería un verdadero antípoda, si sus

métodos, si su esfera, si sus perspectivas de análisis, fueran verdaderamente antípodas de las de Roberto. Pero métodos, esferas y perspectivas coinciden en el uno y en el otro. Hay, con todo, una diferencia: Juan, símbolo de la moral de la entrega, predica, porque ello es lo que le exige su estructura subjetiva romántica, para los hombres Roberto, símbolo de la moral egoísta, predica, porque ello es lo que le exige su estructura subjetiva práctica, para cada hombre en singular; le interesa el hombre individualizado y contradictorio respecto de los demás hombres. Pero, ¿cuales son las miradas que, sobre esos hombres, Juan y Roberto arrojan? ¿desde que perspectivas los analizan?. Desde las mismas, y sus métodos y sus perspectivas son, ya lo hemos dicho antes, idénticos: idealistas y subjetivos. Juan no nos abre, en ningún momento, ni a lo histórico concreto ni a las condiciones sociales concretas y su análisis del hombre es tan subjetivo, idealista y metafísico como el de Roberto, aunque dentro del común idealismo, se lleguen y se partan de supuestos distintos. Dice Juan en la pag. 246 (22-27) de A. R. que: "el hombre es bueno y libre por naturaleza, y que nadie tiene derecho a mandar sobre otro", y añade que: "no quiero una organización comunista, reglamentada, que enajene la libertad de los hombres sino una organización libre, basada en el parentesco espiritual y en el amor". Juan está reduciendo, por una parte, las condiciones de la nueva sociedad a las puramente naturales y eternas; está haciendo abstracción, por otra parte, de la historia. Lo histórico, para él, es una organización actual, negativa, de la sociedad; una organización sustentada en leyes, estados militares, curas, jueces, "microbios que se alimentan de la carne humana"; lo histórico, este concreto momento histórico, no queda elevado a la categoría de condicionante necesario. Los condicionantes proceden, solo, de lo que para Juan, de eterno hay en el hombre; de los nuevos integrantes subjetivos que Juan atribuye al hombre: la bondad, la ley del amor y el deseo de libertad bajo los que, genuina y primitivamente, se expresaría, desde el primer día, la naturaleza humana.

Roberto, el antagónico, ideológico de Juan, que, no obstante, se mueve en la misma esfera filosófica, expresa la idea de que la naturaleza humana se manifiesta, contrariamente a lo que Juan

cree, de una vez por todas, bajo la forma de una aristocracia inevitable, esencialmente opuesta a la encarnación que, la misma naturaleza humana, adquiriría en Juan. La condición para una solución colectiva, no concebida tal solución como una satisfacción para todos, sino como un ordenamiento de la colectividad, Roberto la extraerá, también solamente, de la propia naturaleza humana y no de ningún condicionante socio-histórico. La diferencia entre el uno y el otro no la establecerá una diversa perspectiva. Simplemente dependerá de la distinta y antagónica conformación que uno y otro atribuyan a la naturaleza. Lo antagónico de las respectivas concepciones sobre la sociedad, encuentra su explicación en lo antagónico de sus respectivas visiones sobre la naturaleza, y, en último término, conviene recordarlo, de sus respectivos y antagónicos niveles subjetivos. A la potencialidad comunitaria y colectiva, Roberto opone la potencialidad de una solución para, "la sociedad", que es individual, pero, tanto en uno como en otro caso, es una concepción de la naturaleza humana, como algo dado y permanente desde el primer día, lo que está en la base del sistema. Dice Roberto en la pag. 294 (28-32) de A. R. que: "el remedio está en la misma lucha; el remedio está en la misma lucha; el remedio está en hacer que la sociedad se rijan por las leyes naturales de la concurrencia. Lo que en castellano quiere decir que a quien Dios se la de San Pedro se la bendiga. Y en la pag. 295 (26-31) de A. R. que: Pya que nuestra ley es la lucha aceptémosla pero no con tristezas sino con alegría. Convertir la vida estática en vida dinámica; éste es el problema. La lucha siempre hasta el último momento ¿por qué? por cualquier cosa". La naturaleza urgía una solución basada en el amor, según Juan; unas soluciones basadas en la fuerza y en la rivalidad antagónica según Roberto. Insistimos en que, tanto en uno como en otro caso es, solo, la naturaleza permanente, y no lo histórico quien urge. Una solución colectiva en el primero, útil, al mismo tiempo, para todos; una solución, sólo para los más capacitados, en el segundo. Aceptada la necesidad natural de la lucha, Roberto, desgajándola de su objeto, ha acabado por postular la validez absoluta de la lucha por la lucha, en abstracto. Aunque Juan no lo hace, podía igualmente haber teorizado sobre la validez absoluta de una generosidad en abstracto, desprovista de objeto. Dice Roberto en otra ocasión, pag. 137(31-3) que



: yo quiero el dominio, el poder. Si yo ya no deseara, estaría muerto. En la vida hay que luchar siempre. Dos células lucharán por un pedacito de albúmina; dos tigres por un pedacito de carne, ~~dos~~ <sup>dos</sup> salvajes por unas cuentecitas de vidrio; dos civilizados por el amor y la gloria... Yo lucho por el dominio", en donde se ve, además, como lo único que cambia, a diversos niveles de perfeccionamiento natural, es el objeto de la contienda y no ésta. Tanto Roberto como Manuel creen que la envoltura objetiva del hombre es solamente natural y no social. Sus deseos son una objetivización (que puede ser y que, de hecho, lo es diferente en cada caso) particular de una naturaleza absoluta quien los tipifica y no el medio en que se ha vivido. Para explicar a Roberto y a Juan; para explicar a los subproletarios de los suburbios; para explicar, más aun, la historia toda en general y la de cada uno de nosotros en particular, habrá que tener, sólo, en cuenta la propia naturaleza, único determinante del hombre; una naturaleza que, en Roberto, se expresa haciendo antagónicos y contradictorios a sus diversos individuos. Una crítica, insistimos, se puede hacer al uno y al otro. Las explicaciones últimas provienen, en los dos casos, de una naturaleza humana inmóvil e incambiable; así, la insolidaridad del hombre de Roberto o la solidaridad del hombre de Juan se convierten en funciones naturales, no explicadas históricas o socialmente. Junto con el reproche a Juan y a Roberto, se puede hacer otro a Baroja. Baroja ha desarrollado, en efecto, dos teorías idealistas; dos teorías, en las que el hombre equivale a un absoluto alejado de la sociedad y de la historia. Su elección habrá de ser, por lo tanto, necesariamente idealista. Por otro parte, y filosóficamente, Juan comete una contradicción. En efecto, si Roberto cree que el hombre se encuentra en/situación de soledad y está enfrentado a otros "individuales" por su propia naturaleza, en el caso de Juan la explicación del hombre seguirá siendo natural, pero el obstáculo concreto, que tal hombre debe vencer, no será natural, toda vez que se define como una excepción a las buenas cualidades que el hombre, por naturaleza, tiene; un obstáculo, pues, que surgirá históricamente y que tendrá un sentido histórico, puesto que ha surgido, primero, en el tiempo y es, en segundo lugar, contingente y efímero. Nos referimos al Estado, a las Leyes, a los Curas, a los Militares, y a los Jueces, a los que hace alusión. Roberto, contrariamente, al creer que las clases son una objetivización de la aristocracia natural, atribuirá a las cla-

ses un caracter no efímero, no circunstancial sino necesario y eterno, con lo cual su antihistoricismo será un antihistoricismo sin fisuras ni contradicciones.

4º INEVITABILIDAD, COMO NORMA, DE LA MORAL EGOISTA.- Finalmente: ¿qué es lo que se nos quiere dar con la muerte de Juan?. Manuel nos lo expresa cuando dice, a modo de epitafio: "te has ido al otro mundo con un hermoso sueño, con una bella ilusión. Ni los miserables se levantarán, ni resplandecerá un día nuevo, sino que persistirá la iniquidad por todas partes. Ni colectiva, ni individualmente, podrán liberarse los hombres humildes de la miseria, ni de la fatiga, ni del trabajo constante y anaquilador ". El sueño, la ilusión, no se convierten, para Baroja, en una especial forma de análisis. Sucede que, si Juan sueña, ha sido porque su teoría; el objeto de la misma, es decir, la redención colectiva o individual del hombre, es imposible. Manuel, y, con él, Baroja, han dejado caer un velo escéptico sobre las posibilidades de progreso humano, cuando de lo que se habría tratado, para un hombre de izquierdas, habría sido de hacer una crítica sobre la perspectiva idealista de Juan. Por otra parte, el anarquismo no se convierte en una vía específica revolucionaria, que se invalida, por su fracaso, solamente a sí misma; constituye una alusión genérica revolucionaria y su fracaso equivaldrá a la imposibilidad de toda revolución. La muerte de Juan expresa, para Baroja, la imposibilidad real de todo progreso social. Todas las vías revolucionarias quedarán implicadas en una común inoperabilidad. En frente, las tesis de Roberto se yerguen, por reacción, como las únicas científicas; a saber: la perpetuación de la explotación del hombre por el hombre; la movilización del hombre sólo en función de móviles individuales; la ausencia de una verdadera moral colectiva.

No se transformará el fango moral en oro ni habrá revolución social; ni personal ni socialmente habrá una justificación para el optimismo. Baroja, al escoger, ha atribuido un caracter de autenticidad a una visión mutilada. Igualmente habría sucedido si, en lugar de la de Roberto, se hubiera inclinado por la de Juan. Pero ha sido,

de entre las dos, la teoría que afirma la entraña individualista del hombre la que ha triunfado. En frente, los que creen en la bondad natural del hombre; en sus posibilidades comunitarias y colectivas, no expresan, para Baroja, nada más que deseos personales, no confirmados por la naturaleza inalterable de las cosas. Puestos en esta perspectiva, los presupuestos éticos, las esperanzas de renovación moral o de progreso social; la generosidad ~~moral~~ personal volcada hacia el logro de esos objetivos, pueden suponer actitudes hermosas pero ineficaces, que para nada sirven. Era, en definitiva, Roberto, el que expresaba, a pesar de su <sup>dureza</sup> ~~dureza~~ y de su crueldad aparente, la auténtica moral; la de la humilde aceptación de la realidad humana y de la realidad de las cosas. El sacrificio de Juan ha sido inútil; su inmolación también. No son los hombres como él, los que tienen la razón. Son los hombres como Roberto, con lo cual Baroja se queda con una de las dos explicaciones que había abocetado. El hombre debe atemperar su conducta, su praxis a las máximas que expresaba Roberto y no a los imposibles sueños de progreso social y moral, de los que Juan había llegado a convertirse en un símbolo.

## C O N C L U S I Ó N

=====

La conclusión, tras todo lo que hemos venido diciendo, es clara: los esquemas mentales de Baroja, su escala de valoraciones, sus perspectivas exclusivamente subjetivistas de análisis, su escepticismo, su actitud ante los subproletarios, no son las de un hombre progresivo, las de un hombre de izquierdas. Nuestra conclusión coincide, en este sentido, con las de Sender y Nora. Procuraremos documentar y probar nuestra afirmación.

Hemos visto como lo Externo, lo Objetivo, lo Estructural no tienen un carácter determinante, en el sentido de que no sirven para explicar al hombre y en el sentido de que no le condicionan. En Baroja, aquello que explica al hombre no es, en ningún momento, lo Externo, lo Objetivo, sino, solamente, lo Interno, lo Subjetivo. Aquello que le explica, es "una naturaleza humana" en abstracto, no condicionada; una "naturaleza humana", en este sentido, absoluta.

Puesto que Baroja no cree en la operabilidad de lo Externo, considerará que la única culpa de que cada hombre, en general, y de que el barriobajero, en particular, sea como es, la tiene el propio hombre en general, el propio barriobajero en particular.

Congruentemente con la teoría de que lo Estructural constituye un elemento determinante, el hombre de izquierdas, al plantearse ante la historia, ante lo "sucesivo temporal", tendrá en cuenta unos niveles objetivos, estructurales. Baroja, por el contrario, puesto que considera a lo Estructural como no determinante,

como no influyente, cuando se refiera, más o menos implícitamente, a ese " sucesivo temporal ", lo verá, sólo, como una objetivización de unos ingredientes humanos, eternos y permanentes, o como una objetivización, en el caso concreto de la historia de cada persona individualizada, de unas relaciones personales exclusivamente " subjetivadas ", o de un conglomerado de sentimientos personales, en pugna o en armonía, o de unas cualidades, siempre personales, positivas o negativas.

Baroja ve a lo Externo no como algo determinante, primero, y culpable, después, en mayor o menor grado. Lo ve como un <sup>simple</sup> mero marco dentro del cual tuvieran lugar la vida de sus personajes.

La culpabilidad que Baroja atribuye a los sectores elevados de la población, a la aristocracia, es una culpabilidad puramente " humana ". Y así, en sus relaciones con los sectores deprimidos, la culpabilidad que se puede atribuir a la aristocracia, es la de su falta de " generosidad ", encarnada en todos o en algunos de los elementos de su clase. En este sentido, ninguna culpabilidad le cabrá a la aristocracia o a la burguesía en cuanto tales grupos sociales y prescindiendo de sus puras dimensiones humanas.

La valoración que Baroja hace de lo Objetivo y de lo Subjetivo; su concepción de la responsabilidad de las clases sociales, no coinciden, según nuestro parecer, con las valoraciones que sobre esos mismos elementos objetivos y subjetivos y con las concepciones que sobre esa responsabilidad social un hombre progresivo tendría. En la continuación que, del resumen de todo cuanto hemos visto, seguimos ofreciendo, veremos como actitudes progresivas en general, como izquierdismo, identificado como una actitud mental y vivencial general ante las cosas y ante los diversos grupos sociales, y Baroja son elementos mutuamente excluyentes..

Si un hombre de izquierdas considera que la común circunstancia socio-económica unifica a los que la padecen, en el sentido de que todos y cada uno de ellos la sufre, y en el sentido de que la condición de un auténtico progreso pasa por la superación de la misma, Baroja, por el contrario, considera que lo único que el hombre debe hacer para progresar, no es vencer su entorno objetivo

sino , solamente vencerse a si mismo. La salvación la establecerá la pura posesión o la pura adquisición de unas cualidades. En este sentido el "espíritu laborioso" , objetivado en el trabajo, es absolutamente operativo y eficaz y, por eso, todos, absolutamente todos los subproletarios en los que se encarne un cierto espíritu trabajador, acabarán convirtiéndose en seres liberados económicamente; en seres prósperos y, espiritualmente, plenos. Pero un hombre de izquierdas, puesto que su planteamiento se hace, también, a través de lo Estructural, a través de la influencia que lo Estructural ejerce sobre el hombre, de una parte; de otra, en función del hallazgo de soluciones colectivas y no individuales solamente, cree que la solución está no en la adquisición de un espíritu laborioso en abstracto, solución individual de la que quedan excluidos todos aquellos que no poseen tal laboriosidad, sino en una reforma estructural, y cree, en segundo lugar, que el trabajo no proporciona, necesariamente, una próspera situación económica, independientemente de que en algunos casos sea más o menos operativo.

Si para un hombre de izquierdas, el trabajo no es necesariamente operativo, tampoco define la negatividad del trabajo, como Baroja hace, en función de las necesarias y trascendentes peculiaridades negativas, Monotonía y Sujeción, que el trabajo, necesariamente, posee, sino en función de sus peculiaridades materiales : Extenuación, y en función de sus peculiaridades económicas : bajo salario.

Al plantearse, también, sobre todo, un hombre de izquierdas ante las deficiencias estructurales-colectivas, cree que el principal papel que un hombre del suburbio puede jugar es el de la adquisición de un-espíritu-de-trabajo una conciencia social, más que el de la adquisición de un espíritu de trabajo, sólo, para uno mismo, válido. Y ello, porque la condición primera ~~para~~, según tal hombre de izquierdas, para la transformación de esas estructuras, está en una toma de conciencia sobre ellas. Contrariamente, Baroja no ofrecerá ningún ejemplo de verdadera toma de conciencia social. Incluso, la Política le servirá, en su encarnación concreta en uno de estos arrabaleros, para alejarlos de sus verdaderos problemas objetivos. Más aun, Baroja estará positivamente en contra del barrio bajo,

en el que, por embrionaria que sea, surge una toma de conciencia, y su postura, exacerbadamente contraria a tal barriobajero consciente, se realizará desde la realidad, para Baroja negativa, de tal toma de conciencia.

Nos parece, para finalizar, que la visión, más o menos racionalizada, sobre lo Objetivo como algo inoperante, irresponsable y eterno; que la reducción a individuales de los problemas colectivos; que su visión del trabajo como elemento necesariamente operativo, de una parte, como elemento, cuya negatividad solo la definen sus necesarios integrantes subjetivos, <sup>y metafísicos</sup> por otra; que su condena sobre los grupos extrasociales, a cuyos negativos subjetivismos achaca toda la culpa de su situación actual; que la "negativa" de Baroja sobre el fenómeno subjetivo de la "conciencia"; que, todo este conjunto de perspectivas y actitudes, no pueden ser interpretadas como dimanando de un hombre anchamente, en lo vivencial y en lo intelectual, progresivo. Tampoco pueden ser interpretadas, creemos, como dimanando de un hombre comprometido con un esfuerzo de descubrimiento de la auténtica realidad.

UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA  
BIBLIOTECA



\* 6 6 0 3 0 6 0 2 4 2 \*